

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



PRECIOS DE SUSCRIPCION.

| | AÑO. | SEMESTRE. | TRIMESTRE. |
|-----------------|-------------|-------------|-------------|
| Madrid..... | 35 pesetas. | 18 pesetas. | 10 pesetas. |
| Provincias..... | 40 id. | 21 id. | 11 id. |
| Extranjero..... | 50 francos. | 26 francos. | 14 francos. |

AÑO XLI.—NÚM. IV.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 30 de Enero de 1897.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.

| | AÑO. | SEMESTRE. |
|--------------------------------------|-------------------|------------------|
| Cuba, Puerto Rico y Filipinas. | 12 pesos fuertes. | 7 pesos fuertes. |
| Demás Estados de América y Asia..... | 60 francos. | 35 francos. |

BELLAS ARTES.



RETRATO DE SEÑORA,

— POR VAN DYCK.

CUADRO QUE PERTENECIÓ Á LA GALERÍA DE LA CASA DUCAL DE OSUNA.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—La leyenda de oro. Un nuevo capítulo de la vida de San Francisco de Asís por Pablo Sabatier, por Clarín.—Los teatros, por D. Eduardo Bustillo.—La estatua de la Comedia, por D. C. Luis de Cuenca.—Roma pontificia y los estóicos del universo, por el Excmo. Sr. Conde de Coello.—Una apuesta, por D. Eduardo Zamacois.—A José J. Herrero con motivo de su libro *Mar adentro*, poesía, por D. Manuel Reina.—El hombre de los medios, poesía, por D. Juan Pérez Zuñiga.—Por ambos mundos. Narraciones cosmopolitas, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.—Súeltos.—Libros presentados a esta Redacción por autores o editores, por C.—Anuncios.

GRABADOS.—Bellas Artes: *Retrato de señora*, por Van Dyck.—*En casa del maestro*, cuadro de Samarán.—*Pro domo sua*, cuadro de Joaquín Sorolla.—Retrato de D. Andrés Clemente Vázquez, cónsul general de Méjico en la isla de Cuba.—Gibara (Santiago de Cuba): Salón del Casino Español.—Los héroes de Casorro: Retratos del capitán D. Silverio Rodríguez, de los primeros tenientes D. Carlos Perier, D. Luis García Muñoz, y de los soldados Carlos Clement y Eloy Gonzalo García.—Manila (Islas Filipinas): Una calle de Calocacán.—Bombay (India inglesa): La peste bubónica. Creación de las víctimas.—Tipos filipinos: Una mestiza.—Gibara (Santiago de Cuba): Desembarco del batallón de Voluntarios asturianos.—Retrato de D. Eduardo López Juarroz, maestro compositor y director de la banda de música del Real Cuerpo de Alabarderos.

CRÓNICA GENERAL.

ODA Europa está preocupada con la posibilidad de que la peste bubónica, estacionada ahora en Bombay, pueda ser transmitida y renovar aquellas catástrofes descritas por los escritores antiguos con vigor espeluznante. Hasta Inglaterra, la más escéptica de las naciones respecto de cordones y cuarentenas, parece dispuesta a coadyuvar a lo que se decide en las conferencias sanitarias de carácter internacional que van a celebrarse en Venecia, y a impedir en parte de sus dominios asiáticos la peregrinación a la Meca de sus súbditos musulmanes, y no sabemos si a tomar otras precauciones con su comercio marítimo, que tanto nos afectan por la molesta vecindad de Gibraltar. Ello es que una enfermedad no calificada todavía, que sepamos, en Marsella, y cualquier otra enfermedad de carácter colectivo—no nos atrevemos a llamarlas epidémicas—que aparecen aquí o allí, hacen temblar a los pueblos, que conservan memoria de los estragos de aquella terrible peste que asoló media Europa en cada una de sus acometidas, no siendo España de las que menos padecieron. Madrid mismo fue duramente castigado a fines del siglo XVI, y el cementerio de la Buena Dicha guarda, con otros muchos depósitos, la ceniza de los apestados. Y tienen razón en alarmarse las gentes, ya por lo de Marsella, ya por cualquier mortandad anómala de carácter desconocido: la peste bubónica no se presenta siempre franca y con sus síntomas siniestros y asquerosos; el doctor Miguel Martínez de Leyva (1), que asistió a los ataques en Sevilla y pueblos comarcanos y algunos de Extremadura, por la epidemia que empezó allí en 1581, refiere que habiéndola combatido en Sevilla, Llerena, Fuente de Cantos, Sigüera de León, Bodonal, Fregenal, Cumbres Altas, Ribera, Almendralejo y otros pueblos, por lo cual debemos considerarle como práctico, hallóse en Fuente de Cantos con que los enfermos se morían, y los médicos no creían en la peste por no presentarse ni bubones, ni antraxes, ni mancha alguna (era el tiempo frío), hasta que con el calor aparecieron en las invasiones posteriores; hicieron entonces en las diversas y pintorescas formas con que embellece la piel humana esa dolencia, ya con un sarpujido suave y encarnado, como picadas de mosquitos, ya en pintas azuladas o negras del tamaño de lentejas, color este último fatal, según Martínez Leyva, ya en los célebres bubones que llamaba llandres nuestro pueblo, lo que indica, para temerlos, que son en España antiguos conocidos.

Claro es que la higiene de la navegación ha adelantado mucho desde los tiempos en que el Dr. Alderete, catédrico de prima en Salamanca, comentando un aforismo, citaba el caso de un enfermo de Valencia de Aragón, de mirada tan dañina que rompía platos con la vista. El vapor y las hélices acelerando los viajes, y los ventiladores y desinfectantes disminuyen las causas de los contagios; pero, en cambio, la rápida y continua comunicación del siglo más mercantil que ha conocido el hombre, aumenta con el contacto los peligros. Y no basta que se crea haber hallado el suero antibubónico de que nos hablan los periódicos: también se creyó a principios de este siglo haber dado con el preservativo de la peste. Tenemos a la vista un folleto traducido al alemán, y de éste a nuestro idioma, muy mal por cierto, é impreso en Málaga en 1803 (2), en que se pondera la eficacia del aceite de olivas, no sólo para evitar el contagio, sino para curar la enfermedad: como sucede leyendo a todo descubridor de remedios, las muchas personas que resultaron inmunes ungiéndose todo el cuerpo con aceite, y los dolientes que sanaron con las fricciones oleosas en el primer periodo del mal, parece quitar el miedo a la peste; pero en cambio, aun suponiéndolas eficaces—á los médicos incumbe averiguarlo,—queda el terror que causa el preservativo ideado por el Cónsul inglés de Esmirna, que había observado no adquirir la peste los pellejeros que surtían de aceite á la plaza infestada. Ensayado en el hospital del lazareto, dió resultado tan feliz, que transmitieron á Europa la buena nueva, distribuyendo un impreso de que tiraron muchos ejemplares. También por aquel tiempo el Dr. Lafuente creía haber hallado el remedio eficaz de la fiebre amarilla con láudano y chozas aireadas. Hoy son los sueros el preservativo: no sabemos si más cierto, pero de

(1) *Tratado de la peste y de los remedios preservativos y curativos para en tiempo de ella*. Madrid. Por Juan Flamenco. MDCCVI.
(2) *Memoria sobre la peste*, conteniendo el preservativo descubierto por Mr. Baldwin, y el método de administrarlo del P. Luis Pavia, capellán y médico del hospital y lazareto de Santiago de Esmirna.

seguro más limpio y cómodo que la necesidad de empaparse en aceite como las sardinas en conserva. Claro que antes es la vida que la pulcritud, y hasta las señoras se harían engrasar como las máquinas en caso de epidemia; y no sólo no estaría mal mirado en sociedad llevar lamparones en la ropa, sino que no se recibiría á las personas que no tuvieran manchas. Y tal vez en lugar de abanicos llevarían las señoras aceiteras.

Por fortuna, á los dos remedios de que hemos hablado, se puede añadir otro que cita el expresado Martínez Leyva en su tratado. Después de exponer su sistema curativo, con el recetario correspondiente y el aparato de sangrias, vómitos, frías de aguardiente y sudoríficos, añade en el capítulo XVII: «El agua de la mar es milagroso remedio para tal enfermedad de peste, bañándose en ella por tres ó cuatro horas continuas, y si fuese necesario, estar allí diez ó doce horas, hasta tanto que el enfermo se sienta descargado de la enfermedad; y este es remedio muy fácil y de poca expensa y gasto.»

Traquilícense las señoras. La peste está muy lejos. Es posible que no salga del extremo Oriente. Si sale, que se quede en el camino; si llega, que sea benigna y fatigada; y en el peor de los casos, que la temporada de baños de mar sea su preservativo. Los hoteles de San Sebastián, el casino de Biarritz y todo el litoral de Europa, adquieren la consideración de casas de salud y refugio sanitario. Las lectoras elegirán entre conservarse en aceite ó en salmuera.

La competencia entre las jurisdicciones militar y civil para entender en la causa que se sigue á nuestro querido amigo y compañero D. Gonzalo Reparaz por un artículo que publicó en el *Heraldo*, ha sido decidida por la Sala correspondiente del Tribunal Supremo en favor de la civil. En virtud de esta decisión, conforme con la jurisprudencia repetidas veces dictada por el alto Tribunal, el Juzgado militar se ha inhibido del proceso, quedando en libertad el señor Reparaz, en cumplimiento del auto del juez instructor señor Gullón, que así lo había acordado, disconforme con la severa decisión de la justicia militar. Como no vemos en este asunto sino el beneficio de un querido compañero, nos congratulamos de la resolución del Tribunal Supremo de Justicia, que era de esperar por sus antecedentes.

La dirección del partido carlista ha publicado un manifiesto, suscrito por el Marqués de Cerralbo, que es un programa extenso de las aspiraciones de aquella agrupación. Aun cuando no hubiera sido denunciado, no nos ocuparíamos de ese documento, que tiene importancia, por ser el ideal de una parte del pueblo español, que, por apartado que aparezca de los sistemas políticos triunfantes, ha tenido fuerza para sostener dos largas guerras civiles: dato que no puede despreciar la política previsora, mucho más si tiene en cuenta la revolución que de pocos años á esta parte se ha hecho en el espíritu público, y el escepticismo con que hoy se juzgan los sistemas ensayados con éxito mediano. Claro es que la tendencia de la jefatura carlista á restaurar la forma de las antiguas Cortes, los Consejos extinguidos y la descentralización de otros tiempos, parecerá arcaica á los mismos carlistas, que en su mayoría han olvidado el organismo de la España antigua, tan desbaratado ya por el sistema constitucional, que sólo pueden comprenderle los eruditos. Pero los hombres reflexivos no deben burlarse de estas vejees, que pueden sonar á novedades y coincidir con aspiraciones modernísimas y retoñar por virtud del atavismo, en un país donde esas instituciones tuvieron larga vida. El crecimiento del socialismo en toda Europa, después de un siglo agitado por la idea liberal, cuando ésta parecía vencedora para siempre, prueba que no tiene la eficacia suficiente para su implantación definitiva, y hasta los distingos y reservas con que la limitan sus mejores partidarios; por consiguiente, no hay que fiarse en la virtualidad de ideas que se desgastan y confunden con el tiempo, para no temer la resurrección de otras que con un poco de barniz pueden parecer nuevas y brillantes á los que, sintiéndose mal, buscan un cambio de postura.

En Alcalá de Guadaíra ha fallecido, á los setenta y seis años de edad, D. José Gutiérrez de Alba, autor fecundo de obras teatrales, más estimadas por el pueblo que por los literatos, y alguna de ellas, como el *Diego Corrientes*, una de las más representadas, y que, á pesar de sus muchos años, vive todavía en el repertorio popular. Pero lo que más caracteriza el teatro del difunto Gutiérrez de Alba es haber sido el creador, á lo menos en España, de las revistas del año, con una que se representó en el teatro del Circo, si bien no podemos en este momento precisar la fecha; es decir, si fué *La revista de un muerto*, música de Barbieri, que se estrenó en 1856, ó otra anterior, la primitiva. Como hizo gran efecto y constituyó un género tan prolífico, tiene el Sr. Gutiérrez de Alba, á nuestro entender, el decanato en la historia de esa forma teatral. Recordamos haber oído decir que llevó Gutiérrez de Alba al maestro Arrieta su primera revista, y que éste consultó á su amigo Ayala: el gusto del poeta fué contrario á la obra, pero no negó que podía tener, como tuvo, mucho efecto escénico. Realmente el género, como cualquier otro, no excluye el ingenio, antes le agradece; pero limitado á un acto, ayudado de la música, de las decoraciones, de la carpintería y de un vestuario pintoresco, más que obra literaria es un conjunto semipantomímico, en que intervienen diversas artes, que realizan casi libres, exceptuando la música, el pensamiento del poeta. Sea cual fuere el mérito de la primera revista, que no vimos en el teatro, no es poco el de haber fundado un género tan extendido y popular, y que en España ha desarrollado tanto el arte escenográfico.

La prensa extranjera conmemora el Centenario de la aparición en público del sombrero de copa, que, según dicen, ocurrió en Londres el 15 de Enero de 1797, causando en el público tanta conmoción y extrañeza, que su autor hubo de comparecer ante el magistrado para responder del escándalo. El sombrero de copa tenía precedentes. En un cuadro del Bosco que representa las tentaciones de San Antonio, un diablillo se cubre la cabeza con un cubilete de esa forma. Nuestro pueblo resistió con valor heroico la invasión, y sólo sucumbieron los cocheros y lacayos por la fuerza. Los hombres de mi tiempo recuerdan con horror en su vida estudiantil la fecha terrible de presentarse en clase por primera vez con el sombrero odioso, entonces indispensable á cualquier hora del día, para salir á la calle, á los madrileños de mediana posición. La plebe le denigraba con los nombres de chistera, chapeo, gabina, y otros que en nuestra juventud nos parecían denigrantes. Sabido es el motín contra el sombrero de copa y su fracaso, no obstante capitancarlo D. Salustiano Olózaga y escritores de nombradía. Los que en Londres se rieron del extravagante que se puso con un sombrero de esa forma delante de su casa, no sabían que se burlaban del signo y representación del siglo XIX. ¿Qué sombrero le destronará en el siglo XX? ¡Horror! ¡Acaso reinará la anarquía en las cabezas!

- Mezo: un refresco.
- ¿Helado?
- Del tiempo.
- De qué ha de ser el sorbete?
- ¿Cómo sorbete?
- El señor pide un refresco del tiempo, y estamos á cinco grados bajo cero.
- ¿Quién llama?
- Abra usted.
- Pero ¿quién llama?

(Este chascarrillo quedó interrumpido por el sueño del cronista.)

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Retrato de señora, por Van Dyck.—*En casa del maestro*, cuadro de Samarán.—*Pro domo sua*, cuadro de Joaquín Sorolla.

Entre las obras más escogidas de la extinguida galería de la Casa Ducal de Osuna, expuestas en la primavera pasada en el Palacio de la Industria y de las Artes, llamaba extraordinariamente la atención, como recordarán muchos de nuestros lectores, el lienzo cuya copia damos en el grabado de la plana primera.

La perfección de aquella pintura, en que su autor unió la mayor delicadeza con la más enérgica expresión de la vida, extasiaba á cuantos contemplaban tan notable lienzo, que bien puede figurar entre los mejores de su autor.

No se ha podido identificar aún la persona retratada. De los antecedentes que sobre la obra existen en la casa nada se deduce, habiéndose sospechado por alguien tan sólo si pudiera ser D.^a Margarita de Castro y Alagón, baronesa de Lanuza y marquesa de Aitona, como mujer de D. Francisco de Moncada, el célebre Marqués historiador, del que debió haber un retrato del propio Van Dyck en la galería, igual en dimensiones al de esta señora.

Desgraciadamente, no existe ya entre nosotros tan preciosa obra: adquirida en la subasta por la importante casa Colnaghi, de Londres, en el precio de 60.000 pesetas, aguarda allí á algún poderoso que la redima de su cautividad mediante suma de libras incalculable, pues imposible es poner precio á tan singulares obras de arte.

Las dos figuras del cuadro de Samarán titulado *En casa del maestro*, que reproducimos en la página 68, son igualmente interesantes. La del profesor expresa muy bien el esfuerzo que éste hace por explicar á la discípula la expresión que ha de dar á la frase que tiene que interpretar. La de la discípula es sumamente poética, y está muy bien pintada.

El cuadro del maestro Sorolla que publicamos en la página 69 es una verdadera joya artística. A lo intencionado y picaresco del asunto corresponde una tan pasmosa facilidad de ejecución, que asombra aun en pintor tan insigne. Hay allí realismo, naturalismo, impresionismo; pero de los buenos, es decir, verdadero arte, no desvarios artísticos calificados con nombres pomposos.

Los personajes de esta composición tienen tal vida, que con sólo mirarlos se entiende lo que hacen, y se advierte que el mayor pecador de ellos no es el gato que, movido de la codicia, se acerca recelosamente á la cesta. El buen fraile que habla con las dos mujeres forma con ellas un grupo admirable.

D. ANDRÉS CLEMENTE VÁZQUEZ, cónsul general de Méjico en la isla de Cuba.

El Sr. Vázquez ha desempeñado cargos muy importantes, acreditando en todos su talento. Fué encargado de Negocios de Méjico en las Cinco Repúblicas de Centro-

América en 1882 y 1883; subsecretario de Relaciones exteriores de Méjico en 1884; jefe de Sección ó Negociado en el propio departamento; redactor del *Diario Oficial* del Gobierno mejicano en la época de D. Benito Juárez y don Sebastián Lerdo de Tejada, etc., etc.

Es abogado de los Tribunales de Cuba y Méjico; individuo de muchas asociaciones científicas y literarias de Méjico, Cuba y otros países. Es orador de fácil palabra; pero con ser en todo esto notable, en nada sobresale tanto como en el ajedrez, pues tiene fama de ser uno de los primeros jugadores del mundo. Ha escrito algunos folletos tratando esta materia, y además muchas obras de Historia y Derecho.

También ha publicado una novela titulada *Enriqueta Fober*, á la que principalmente debe su reputación de buen literato.

En la página 64 hallarán los lectores el retrato del señor Vázquez.

LA GUERRA EN CUBA.

Gibara: Salón del Casino Español. — Desembarco del batallón de voluntarios asturianos. — Los héroes de Cascorro.

Gibara es el puerto de Holguín. Dista de esta población unas ocho leguas. Por el acendrado patriotismo de sus habitantes, probado multitud de veces, así en la pasada guerra como en la actual, ha merecido el título de Covadonga de Cuba.

Siendo la población tan española, el Casino Español forzosamente había de ser uno de sus mejores edificios. Así es, en efecto, y de ello es buena prueba el grabado segundo de la página 64, en el que damos una vista del salón principal de aquel importante centro.

En la página 73 damos una vista del desembarco del batallón de voluntarios asturianos en el puerto de Gibara. Los valientes hijos del Principado han peleado bravamente y prestado muy buenos servicios en la jurisdicción de Holguín, á la que fueron destinados.

Hace algunas semanas publicamos el retrato del capitán Neila, jefe de la pequeña guarnición que tan valerosamente defendió á Cascorro. Completamos hoy las ilustraciones á aquel suceso tan glorioso para nuestras armas con los retratos del capitán Rodríguez, los tenientes Perier y García Muñoz y los soldados Clemente y García, que tanto se distinguieron en aquella señaladísima ocasión. La hazaña de Eloy Gonzalo García es tan conocida en toda España y aun en el extranjero, que nos parece ocioso repetirla.

Damos los retratos de estos héroes en la página 65.

FILIPINAS.

Una calle de Calococán. — Una mestiza.

Toda la costa norte de la bahía de Manila es baja y pantanosa, cortándola los infinitos esteros por donde se pierden en el mar las aguas del río Grande de la Pampanga y otros menos importantes.

La parte oriental de esta costa pertenece á la provincia de Bulacán, en la que los rebeldes tagalos pretendieron construir otro gran campo atrincherado semejante al que tienen en Cavite. Favorecía mucho aquel terreno pantanoso, surcado por tantos ríos y riachuelos y cubierto de pantanos y manglares, pero á todo ha superado, destruyendo sus esperanzas, la actividad y la energía del general Polavieja.

Cuando éste tomó el mando, fortificábanse los enemigos á toda prisa en Calococán, primer pueblo de esta comarca medio anegada, al Norte y casi á las puertas de Manila. Luego salieron tropas de esta ciudad, que les ganaron las trincheras y mataron á muchos, escarmentándolos de tal suerte que no volvieron más.

«El pueblo de Calococán está actualmente colocado en un sitio muy delicioso. Se descubren desde él los pueblos de Tondo y de Tambobong y toda la bahía de Manila con muchos de los pueblos que la circundan. En contrapeso, está muy descubierta á todos los vientos, y en tiempo de vendavales, que suelen ser muy duros, es regular que padezcan mucho sus casas, y si no están bien firmes irán volando por aquellas sementeras.» (Fr. Joaquín Martínez de Zúñiga: *Estadismo de las Islas Filipinas*, tomo 1, página 331.)

El grabado de la página 72 representa una de las calles de Calococán.

En Filipinas hay diversas razas mestizas, pero de todas, la principal es la que resulta del cruce de chinos y europeos. Es la más inteligente, la más numerosa y la de mayor influencia comercial y política. A ella se debe en gran parte el actual alzamiento. Algunas mujeres de esta raza son verdaderamente hermosas, y de ello es buena muestra el tipo de mestiza que reproducimos en la página 73.

BOMBAY.

La peste bubónica.

La peste es enfermedad muy antigua, y viene de Asia. Hizo grandes estragos en Atenas cuando esta ciudad estaba sitiada por los espartanos, y de ella murió Pericles. De peste murieron también muchos cruzados, entre ellos San Luis. En el siglo XVI invadió varias veces á Europa, matando muchísima gente. A principios del actual existía en el Norte de África, pero luego fué disminuyendo de tal suerte, que hacia 1845 no se padecía esta enfermedad en ninguna parte del mundo.

Cuando parecía acabada, comenzó á dar nuevas señales de vida, apareciendo en Asia Menor y en la cuenca del Eufrates. El año 78 hizo gran número de víctimas en Astracán, y contenida en Europa, se fué propagando por Asia

hasta fijarse en la India, con la desoladora fuerza de que dan noticia los periódicos.

Apareció hace algunas semanas en la populosa ciudad de Bombay, una de las mayores de aquella gran colonia inglesa, poblada de gente de muchas razas y religiones, pobre la más de ella y destinada por esta sola razón á ser pasto de la terrible enfermedad. Esta se ha extendido por el Norte hasta el delta del Sind ó Indo, haciendo su principal asiento en Kurrachi.

La peste comienza repentinamente. El enfermo siente cefalalgia, vértigo, dilatación pupilar y sensación de fuego. Siguen á estos primeros síntomas un gran enfriamiento, fiebre acompañada de postración, sed intensa, lagrimeo, grandes dolores de cabeza y vómitos. Preséntase un estado tífico muy pronunciado. A los dos ó tres días aparecen los bubones en las ingles, axilas y cuello. Viene luego un recrudecimiento de estado tífico, cuyo desenlace es la muerte casi siempre. A veces la peste mata en pocas horas. El 90 por 100 de los casos son mortales.

Bombay (del portugués *Boa Bahia*, ó del indio *Mumba*) está en una isla de 16 kilómetros de longitud. Entre la isla y la costa está el puerto. Vista desde éste, tiene la ciudad soberbio aspecto. Al Sur de la isla están las barridas de casas inglesas, casi todas de estilo gótico-veneciano y lombardo, muy feas y pesadas, sobre todo en comparación de las ligeras construcciones en que habitaban los naturales. Multitud de vehículos cruzan las calles de Bombay, en las que se apiñan hombres de todas las razas y colores, negros, amarillos, blancos y mestizos.

El comercio es mucho, siendo en esto y en el vecindario una de las primeras de Asia. Cálculase en 1.300 millones al año, y consiste principalmente en trigos, de los que exportan grandísimas cantidades.

La mayor parte de los habitantes de Bombay son brahmanes. Casi todos los restantes son parsís ó musulmanes.

Los sectarios de Brahma tienen por precepto religioso la cremación de los cadáveres. Ponen á éstos en unas anjarillas, que conducen sus parientes. Detrás van los demás individuos de la familia y los amigos, cada uno con su haz de leña para la pira. (Véase la pág. 72.)

Doscientos ó trescientos de estos fúnebres cortejos cruzan diariamente las calles de Bombay. El número de víctimas pasa de 400 al día, en total.

Desde el comienzo de la epidemia, hasta los primeros del corriente, los invadidos habían sido 3.394, y los muertos 2.356. Esto según la estadística oficial, pues se sabe que muchos enferman y mueren sin que las autoridades tengan de ello conocimiento.

Las moscas y los ratones propagan la enfermedad, según se había visto en Hong-Kong poco antes. Luego que se encuentran ratones muertos en alguna casa, queda ésta condenada á las llamas.

Mueren muchos cerdos y pájaros, y se ha observado que los buitres no acuden como solían á devorar los cadáveres de los parsís. Estos los dejan en lo que llaman la Torre del Silencio, para pasto de las aves de rapiña, cumpliendo lo que su religión les manda, y luego recogen el esqueleto. Pero advertidas aquellas por su instinto, no se acercan si quiera á los cadáveres de los apestados.

Los musulmanes no se cuidan ya de enterrar á los suyos. El terror se ha apoderado de ellos á tal punto, que arrojan á los muertos á la calle sin cuidarse de ellos, y allí los dejan. Verdad es que ya tienen los cementerios completamente llenos y no saben dónde seguir enterrando. Todos los naturales de la India, sea cual sea su secta, caen víctimas de la terrible plaga. Los mestizos resisten mucho mejor, y los europeos mejor todavía que los mestizos.

En los hospicios y en las cárceles apenas hay casos, circunstancia que algunos explican diciendo que las autoridades inglesas ocultan los que ocurren.

Hasta ahora el microbio de la peste bubónica era desconocido; pero se dice que un médico de la ciudad apestada le ha descubierto, y que inoculando el virus atenuado se consigue la inmunidad.

Europa está nuevamente amenazada por esta plaga, que diezmo en la Edad Media á los pobladores de las comarcas occidentales del antiguo mundo. Adoptan grandes precauciones todos los Gobiernos, esperando detener la invasión; pero los médicos más sabios temen que á pesar de todos los esfuerzos tengamos que recibir en breve tan desagradable visita.

D. EDUARDO LÓPEZ JUARRANZ.

maestro compositor.

El maestro Juarranz era natural de Madrid, y popularísimo en España por sus hermosos pasacalles, alguno de los cuales ha recorrido casi toda Europa.

En 1876 ganó por oposición la plaza de músico mayor del tercer regimiento de Ingenieros, cuya banda consiguió bajo su inteligente dirección grandes triunfos. El mayor de ellos fué, sin duda, el ganado en Francia en un certamen internacional al que concurrieron bandas de varias naciones, y á todas las cuales aventajó la de Juarranz, ganando el primer premio.

El principal de sus pasacalles, el más alegre, el más español, y por eso mismo el más del gusto del pueblo, era el titulado *La Giraldá*, que escribió en Sevilla. Otro no menos conocido, al que denominó *Viva mi tierra!*, lo compuso para el certamen celebrado en Madrid el año 1881, ganando con él otro premio.

Además de estas obras escribió otras muchas, hasta ochenta, y la muerte le ha sorprendido antes de acabar la música de una zarzuela de conocido libretista.

El maestro Juarranz era director de la banda de música del Real Cuerpo de Alabarderos, importante puesto que había ganado por oposición. Publicamos en la página 76 el retrato de este notable compositor.

G. REPARAZ.

LA LEYENDA DE ORO.

UN NUEVO CAPÍTULO DE LA VIDA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS, POR PABLO SABATIER (EN FRANCÉS). PARÍS, 1896.

I.



Querido Eliseo: Quiero que me envíe usted libros que me acompañen en la soledad de mi aldea, donde me encierra, por todo un invierno de malas trazas, el deber de buena hija, que no puede, ni quiere, dejar á su padre solo. Cumpla el deber, gozo la tenue alegría de hacer lo que me toca en materia nada heroica: pero me aburro. No tengo yo la culpa. El campo es para mí, si lo miro del lado de la prosa, el que ven todos los que me rodean, un enemigo insoportable: no nos entendemos: nos aborrecemos. Andando por esos prados y montes, me siento en ridículo por mi debilidad, mis aprensiones y sustos de nerviosa, mi falta de maña para todo lo manual, mi vista corta y siempre víctima de aberraciones. Me humilla, además, esta absoluta ignorancia de las cosas útiles que veo y toco. Apenas puedo dar nombres precisos á los trastos de la labranza, á las hortalizas, á los árboles, á las hierbas; todos los aldeanos me parecen el mismo: el campo, así considerado, me repugna; él me rechaza. Me caigo en todas partes, me pincho, me mancho, me constipo. Soy todo lo contrario de Robinsón. Yo, sola en estos sitios, no duraba tres días.... El campo, desde el punto de vista poético, *trascendental*, simbólico, *literario*, estético, metafísico.... me asusta. Porque me impresiona demasiado; me hace sentir cosas muy hondas, muy tristes por su misma grandeza.... nebulosa. Hace pensar demasiado.... estar poco contenta de sí misma.... También me humilla la *naturaleza* vista así. Y tengo pereza de volver á padecer soñando.... Ya voy siendo vieja, con mis veintiséis años tan llenos de ilusiones, cavilaciones y lecturas.... malsanas. Sí, malsanas. Ahora lo comprendo. Antes halagaba mi orgullo esto que la soledad de mis montañas me hacía sentir y pensar. El no ser *una de tantas* era un placer íntimo que compensaba los dolores de mis meditaciones y *rêveries* melancólicas.... Ahora.... todo eso es agua pasada. No me creo más, por cavilar más, que cualquiera de esas señoritas, vecinas de estos valles, que sueñan con los bailes de la capital del distrito, cortan vestidos por los figurines y tocan el piano con mucho sentimiento. Soy de otra manera, pero no soy mejor. ¿Qué soy yo, en resumidas cuentas? Confesémoslo: una *bas bleue*.... solapada, *subrepticia*; una literata que viaja de incógnito. No publico mis ideas, mis *sabidurías*.... ni suelo siquiera escribirlas; pero dentro están. Soy ¡horror! una *mona sabia* de la prensa.... *in fieri* (¿qué vergüenza, hasta sé lo que es *in fieri*!). No tengo yo la culpa. He vivido entre *ustedes*; me han dejado revolver libros, revistas de mi padre, de usted, de otros amigos.... Después.... acaso la *herencia*, ¿qué sé yo? El caso es que no puedo serme más antipática. Compadézcame usted en esta situación: ó el campo-prosa, mi enemigo, ó yo-literata, repugnante á mis propios ojos. Del campo-poesía no hablemos. Eso, lo último. Me asusta, repito. No quiero, no quiero sentir otra vez aquellas cosas.... que, además, ahora sentiría de otra manera.... más *gastada*, más recelosa, más cansada de la tristeza y de la duda que traen los pensamientos sutiles, complicados; ó vagos.... indecisos.... Usted me entiende. ¡Oh! eso ya lo sé. Menos mal. *En consecuencia* de todo lo dicho, mándeme usted libros. Pero libros que no sean.... *literarios*, ni útiles, ni de pensar mucho, ni de ponerse triste, ni menos de bromas y bobadas. ¡Ah! y nada de novelas. Ni buenas, ni malas. Prefiero la historia.... aunque tampoco la leo cuando tengo este humor. La historia.... si: volvería á ella si no fuera de hombres, de picardías, de lucha por la existencia.... No, no estoy para eso. Libros.... ¿de otra cosa! No quiero versos. Para eso tengo la *naturaleza de marras*. Quiero.... yo no lo sé. Pero usted lo sabrá, que para eso ha sido, en cierto modo, mi maestro de literatura.... *malsana*. —*Elisena*.

II.

Mi querida Elisena: No te mando libros.... porque ahí los tienes. No te quejes de las *letras* que posees, sino de las que te faltan. No es lo malo ser *letrada* (dejemos lo de literata), sino serlo de mala manera. Si leyeras como la hermana de San Leandro, no te sentirías hastiada de las letras.... «*Ut postquam oraveris, legas; et postquam legeris, ores.*» Sí, componte de modo que, después que hayas orado, leas; y después que hayas leído, ores. Tú no

has hecho más que leer y leer..... y no has orado, ó lo has hecho mal, distraída ó exaltada: te falta el ten con ten de discurrir y contemplar, de entender y de amar..... Vamos al remedio. No tires al alto esta carta, al llegar aquí, creyendo que, como Hamlet á Ofelia, te mando meterte en un convento. Ni mucho menos te aconsejo que te dediques á *neomística* decadente, de la clase de degeneradas, según Nordau. Nada de eso. Lo que has de hacer es lo que sigue:

Sube al despacho de tu padre; en aquel rincón de la biblioteca donde están los pocos libros de la familia de tu madre (q. e. p. d.) busca una obra en cuatro tomos, en cuarto, de canto dorado, con el lomo muy pintado de arabescos, dorados también. Aquello es *La leyenda de oro*. Pues eso. ¿Te quejas? ¿Te parece ñoño, viejo, *naif*, el libro? ¿Qué dirías si te mandase buscar, en los estantes de los libros vetustos: *Legenda aurea*, por Santiago de Voragine?

Así como, cuando te daba á leer el *Amadís de Gaula*, no te pedía que imitaras á la madre del caballero andante, tu tocaya, siendo monja en casa, sin votos y sin rejas, para acabar por ser enamorada sin freno ni recato, así tampoco te pido ahora que pretendas emular las virtudes de los santos cuya vida vayas leyendo. A *tu edad*, y con tu experiencia literaria, ya no se lee para copiar, ni de obra ni por escrito, lo leído. La lectura, para el que sabe distinguir la vida de los libros, ya no es una sugestión hipnótica, sino una influencia de aluvión, á la larga y sin extremos. No quiero que te exaltes con el ejemplo de la santidad, como una

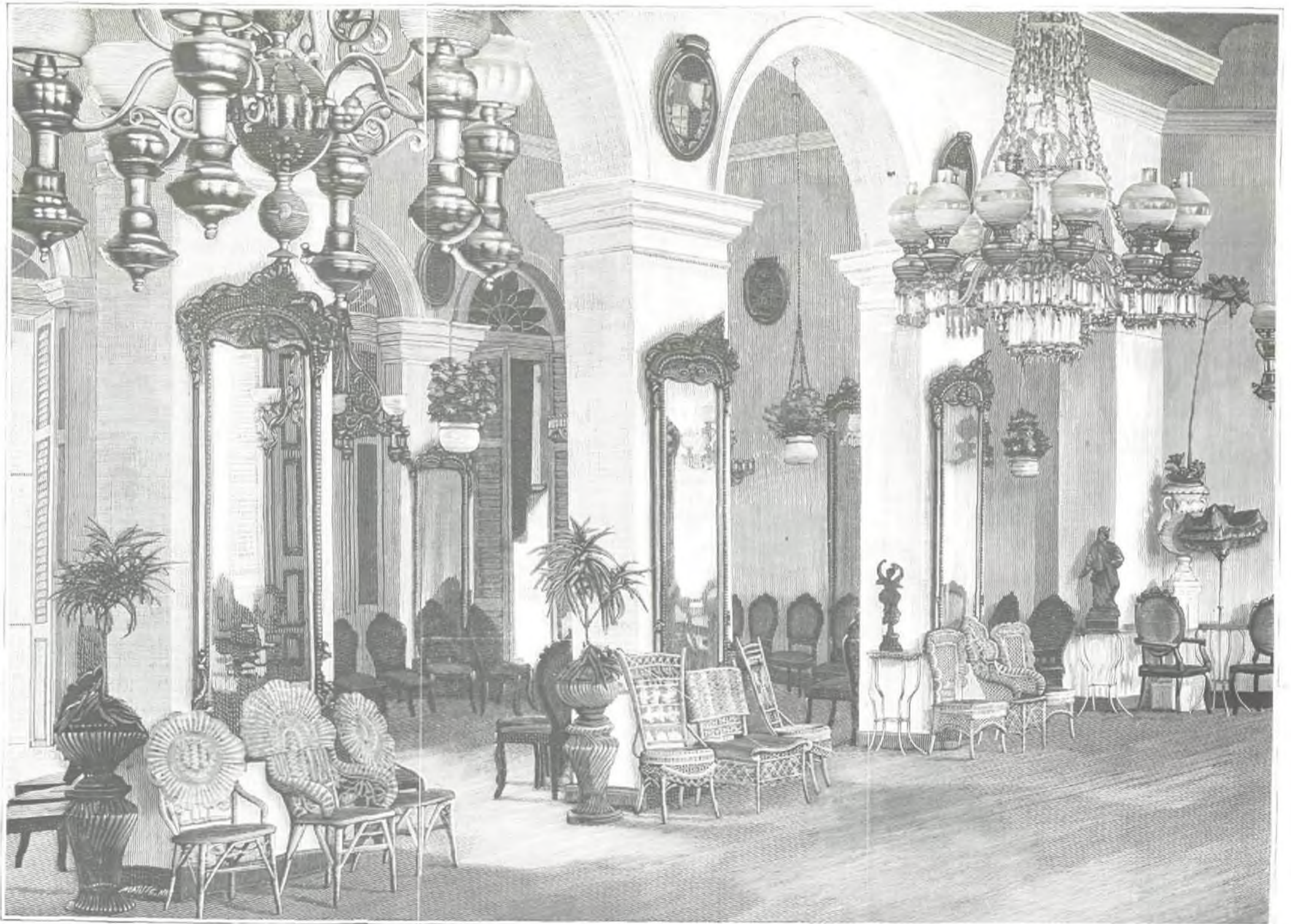


D. ANDRÉS CLEMENTE VÁZQUEZ,
CÓNSUL GENERAL DE MÉJICO EN LA ISLA DE CUBA.

(De fotografía de los Sres. S. Gelabert y hermano, de la Habana.)

chiquilla histórica de quince años; nada de pasiones de colegiala. No lo temo de tí. Lo que busco es un calmante, cierta virtud sedativa. En el mundo no ha vivido racionalmente nadie más que los buenos. Todos los demás, genios, conquistadores, sabios, poderosos, si no han ajustado su conducta á la ley del deber como pensamiento capital, constante, han vivido como locos. Hay un no sé qué de desmañado y feo, pueril y superficial, en el espectáculo que ofrece el mundo que piensa en todo, profundiza en todo, prevé, previene, acierta, triunfa, sabe, goza, y sólo se olvida de sujetarlo todo á una regla superior de obligación, penosa las más veces, siempre presente, siempre eficaz. No ser santo es deslucirlo todo. Hastío, cansancio, desengaño, duda, vacilación, *náuseas* morales, como las que tú sientes..... ¡Es natural! Porque no somos santos. Pensamos bien y vivimos mal. De ahí el tormento. Esa humillación en que te ves ante la naturaleza poética, *honda*, *metafísica*, y ante el campo *útil*, *aldeano*, *montaraz*, nace de eso: de que pensamos como sabios y vivimos como necios.

Cuando hayas leído los cuatro tomos de *La leyenda de oro* verás que allí lo más notable no es la forma histórica de las creencias de los buenos, sino el fondo de la virtud, siempre igual, siempre en lucha dolorosa con tendencias pecaminosas, con debilidades de la carne; y, después, victoria del ánimo piadoso y humilde. No quieres leer historia porque está llena de picardías..... pues *La leyenda de oro* está mezclada con la historia: habla también de tiranos, de sangre, de errores y pasiones terribles..... y de camino va trazando



GIBARA (SANTIAGO DE CUBA).—SALÓN DEL CASINO ESPAÑOL.

(De fotografía remitida por D. Modesto López, de Gibara.)



D. CARLOS PERIER,
PRIMER TENIENTE DE INFANTERÍA.



D. LUIS GARCÍA MUÑOZ,
PRIMER TENIENTE DE INFANTERÍA.



D. SILVERIO RODRIGUEZ,
CAPITÁN DE INFANTERÍA.



CARLOS CLEMENT,
SOLDADO DE INFANTERÍA.



ELOY GONZALO GARCIA,
SOLDADO DE INFANTERÍA.

LOS HÉROES DE CASCORRO.

(De fotografías de A. Narajo, de Puerto Príncipe.)

una estela de luz entre todas esas tinieblas; la *vita lactea* espiritual de los *innumerables mártires*. Si, ¡cuántos mártires, cuántos buenos, humildes, en pueblos y más pueblos! ¡Qué sublime democracia la de los héroes de *La leyenda de oro!*

Un librepensador superficial verá en esas historias biográficas la superstición, las fórmulas idolátricas, los pecados convencionales, las virtudes inútiles; llamará muchas veces tontos a los santos; pero tú, aunque piensas a tu modo, no eres superficial, si quieres no serlo, y sabrás dar al símbolo respetable lo que es del símbolo, y olvidar la limitación intelectual en gracia de la grandeza ética.

Acaso te impacientes y digas:—Es esto tan largo, tan monótono! Estos justos se parecen como gotas de agua; abruma esta virtud tan poco accidentada, nada pintoresca. Y además, ¡son tantos! Edificarían más si fueran menos; pero después de leer cientos y cientos de vidas perfectas.... parece una vulgaridad la perfección.

Así hablará tu vanidad, y así hablará la envidia. En esa abundancia monótona está lo más eficaz del efecto saludable que busco. Por de pronto, la ausencia de lo pintoresco te hará ver que no se trata de un recurso más para distraerse, para alimentar la curiosidad estética. No es que no haya belleza, y belleza sublime, en el fondo de las *vidas de santos* reunidas en el montón confuso de *La leyenda de oro*; pero no es belleza rebuscada, artificial; se nota después de prescindir de buscarla. El santo es bello.... por añadidura. El santo *diletante* que buscara en su virtud efectos estéticos, merecería siempre la censura con que San Francisco castigó la afectación de uno de sus compañeros. Tomás de Celano, el autor del *Dies ira*, el primer historiador del Cristo de la Edad Media, hablando de este caso dice: *Cavenda singularitas, que nihil aliud quam pulchrum precipitium est....*: hay que guardarse de la singularidad, que no es más que un hermoso precipicio.

Sí, mi querida Elisena; la belleza de la santidad está en el fruto, no es una flor. Una *leyenda de oro* con adornos literarios, escrita con coquetería mística, sería una equivocación artística. Así como los clásicos tienen un género de belleza que no echa de ver el vulgo moderno, belleza que está en cierta serenidad y sencillez principalmente, así la hermosura de *La leyenda de oro* está en recóndita región a que sólo llega el espíritu *moralmente clásico*. Créeme que serás mejor, y no sólo esto, sino más sutil en el gusto, cuando llegues a leer con delicia todos esas páginas monótonas que no se cuidan de halagar el gusto del *esteta* superficial, ni de atenuar las creencias que chocan al librepensador frío, intolerante y geométrico.

Y ahora insisto en hacerte pensar lo que importa que sean muchos los santos; larga, la historia de tanta obra buena.

Tú de seguro te crees, en el fondo, de una *élite* moral, uno de los seres excepcionales que hay en este mundo tan lleno de morralla intelectual. Aunque sea a costa de dolores, injusticias y sacrificios, siempre halaga ser, ó creerse, miembro de una aristocracia moral. Esta opinión, tan generalizada entre pensadores y artistas, de que son unas cuantas docenas en el mundo las personas espiritualmente distinguidas, *aparte*, dignas de sendas torres de marfil, es en el fondo pura vanidad, que se viene abajo repasando la historia de los santos ingenuos, incapaces de la *pose* de que difícilmente se libran filósofos y artistas. Los santos no sólo son docenas, son miles; y son mucho más *distinguidos* y *aparte* que los más refinados *estetas* y catadores de quinta esencia. Yo no te niego que el *burgués*, el *philistin*, el *snob*, etc., etc., excitan y sean cosa muy diferente de los Flaubert y otros como él, que tanta importancia han dado a esta separación de razas morales. Pero no es gran cosa sentirse superior, comparándose con la turbamulta de almas groseras, apenas diferenciadas de la pura *animalidad*, seres egoístas, instintivos, que por todas partes nos rodean. Compárese el más delicado de cintura, en materia de *distinción* intelectual y estética, con cualquier santo, por inocente que éste sea, y verá que esa santidad supone una verdadera y superior selección espiritual, sólo por el *hecho* sublime de *creación* en que consiste la práctica de la virtud. El paso de la teoría a la obra es la más grande *creación artística*; no hay más delicado y fino arte que el hacer un *poema* del bien obrar de la propia existencia; y eso hacen los santos. Las misteriosas grandezas que al justo le pasan por el alma, para fortificarle en la virtud y hacerle perseverar en la victoria sobre el egoísmo, el pecado, la tentación, son lo más hermoso, *selecto*, exquisito en la belleza, que podemos imaginar en lo humano; y todas las profundidades y complicaciones estéticas del alma escogida que no llega al bien obrar constante, a la *lógica de la práctica*, a la ecuación del

pensar, sentir y hacer, son bien poco enfrente de la realidad de la vida justa.

Creo demostrado que los santos son mucho más *estéticos*, refinados en lo bello y *distinguidos* que los más alambicados psicólogos de la vida contemplativa profana, artística, que contradicen con hechos pecaminosos, mezquinos, la grandeza de sus pensamientos.

Pues si los santos son más *élite* que los artistas y pensadores, ¡qué lección para la vanidad de estos que se creían lo mejor, y no pasar de algunas docenas, ver que ha habido centenares y centenares de espíritus mucho más *finos* y *clásicos*, selectos: la multitud de santos, los *innumerables mártires!*

Por eso te decía que, cuantos más bienaventurados, mejor. Que te abrumo la muchedumbre de santos...., eso es lo que conviene para que te encamines a la *humildad*, que no tiene nada que ver con esa *humillación* que sientes ante la naturaleza poética.... y ante la naturaleza prosaica. Y basta de sermón por hoy. Tu amigo y consejero—*Eliseo*.

III.

Amigo Eliseo: *Videar meliora, proboque, deteriora sequor*. Quiero decir, que su carta de usted me hizo ponerme como una amapola. Es usted un buen predicador.... de lija. Los sermones de usted son buenos para encender cerillas. Pero.... *deteriora sequor*; esto es, tiene usted razón en todo.... pero no me decido a tragarme, así, de repente, los cuatro tomos, a dos columnas, de *La leyenda de oro*.

Necesito, por lo menos.... una propedéutica, como ustedes dicen. Una *introducción* como dice mi primo el krausista. Me gusta eso de leer vidas de santos, no para procurar, así de buenas a primeras, ser como ellos. Pero así como se dijo «calumnia que algo queda», comprendo lo de «edifica, que algo queda». Aquello de Pascal, de comenzar por cumplir con las ceremonias y preceptos rituales de la fe positiva, aun antes de creer, tiene su parte de mala pedagogía, a mi ver; pero en otro respecto, el que se relaciona con lo que tratamos, tiene su profundidad. Si no leyera libros piadosos, de ejemplo de la virtud, más que las almas decididas a emprender la vida beata, no tendrían tantas ediciones el *Kempis* y el *Año Cristiano*. Bueno es que lean vidas de santos aun aquellos pobres espíritus que están lejos del valor de obrar bien con la debida constancia: algo les quedará. Por de pronto, esa especie de *música* moral de las buenas acciones que halaga hasta los sentidos de los débiles de voluntad, que lleva al alma cierta serenidad propicia a la buena siembra, como, en el campo, el tiempo tibio. Yo me declaro, sin pretensiones de humilde, inferior a ese estado estético en que *La leyenda de oro* puede gustar como la *Iliada*. Reconozco toda la verdad de lo que usted dice.... pero yo no llego ahí. No seamos bruscos, *tranchants*. Dupanloup, que me era muy simpático, me echó un jarro de agua fría diciendo, en cierto prólogo para la vida de la beata de Chantal, que debe escribirse la vida de los santos sin adorno literario, no para producir efecto artístico, sino para ganar almas. Buen cristiano, pero mal pedagogo. En el cayado del buen pastor, la parte curva, aquella *voluta* graciosa, el *gancho*, representa el arte. Para las almas ya *superiores* que no necesitan el *gancho* de lo bello, en buen hora que sobre todo lo que no sea la sublime, clásica sencillez de la narración escueta de la virtud obrando. Pero en el mundo hay más. Lo más del mundo necesita ser atraído de otra manera. Hágame usted el favor de decirme que tengo razón, como yo reconocí que usted la tenía. Y, en su *consecuencia*, envíeme libros que hablen de santos.... pero de cierta manera. No con vanos adornos de trazo, de retórica huera, como cierta vida de Cristo de un obispo *retórico* é incorrecto como él sólo; no, no es eso. Libros en que, por arte, por erudición, renazca la vida real del santo, se le vea resplandecer en el mundo tenebroso que le rodee. Yo sé que hay libros de esos. Vengan. Su amigo dócil,—*Elisena*.

CLARÍN.

Continuará.

LOS TEATROS.

La calumnia por castigo, en el ESPAÑOL.—*Venta de Baños*, en LARA.—*Los charlatanes*, en ESLAVA.—*Madrid de noche*, en ROMEA.—*Para cuevas arriba*....—*Vico* y *La culbra en el pecho*.

Plena confirmación de algo que yo decía en mi anterior artículo ha venido a ser el estreno, poco lisonjero para Echegaray, del drama *La calumnia por castigo*.

El grande ingenio de nuestro primer dramaturgo de este fin de siglo parece hoy como amanerado en

sus procedimientos de arte, apartado de aquel camino en que, enamorándose de grandes ideas y estudivo de conflictos verdaderamente humanos, nos seducía y maravillaba con soberanas creaciones, hijas en su mayor parte de arrogantisimo aliento romántico.

Allí se descubría la pasión del poeta, el entusiasmo del artista que, al crear, satisfacía una necesidad de su propio espíritu, y lo que él sentía sincera y profundamente en su estudio, lo comunicaba al espectador con tanta fuerza de magia en la forma, que el público, en su entusiasmo, no alcanzaba a distinguir algunas veces dónde se había mezclado el engañoso artificio con los lógicos y puros procedimientos del verdadero arte.

¿Es que el excepcional ingenio de Echegaray se siente hoy agotado? No; porque hasta en equivocaciones tan marcadas y completas como *La calumnia por castigo* se admira en algún momento el brillante y fascinador relampaguear del ingenio portentoso.

El amaneramiento, la monotonía teatral de Echegaray, viene sencillamente de una especie de regla de conducta que, como autor, se ha trazado, en que no entra para nada el ansia de satisfacción de su propio espíritu de poeta, con la que tan fácilmente llegaba a la conquista del público.

Con esa conducta, el trabajo de selección de ideas y asuntos entorpecería el camino llano del propósito, que, por lo visto, no es otro que el de servir a plazo fijo a una empresa y a unos artistas amigos que le reclaman como indispensable. No responden a fin más alto la refundición de *La hija del aire*, ni la traducción de *Tierra baja*; y si aquella podía ser una alta prueba para el talento de María Guerrero, en la obra de Guimerà pudo y debió ver el ilustre D. José lo estéril de su trabajo con obra de tan débil y falso fundamento como la suya de *La calumnia por castigo*.

Con una detenida selección de ideas y de asuntos—que nunca faltan en la cartera de nuestro fecundo poeta—éste jamás hubiera elegido el poco simpático de su última obra; y si estaba ofuscado al adoptarle, después, al planear, al combinar en su estudio los elementos y recursos de su composición dramática, no sería posible que, sin apremios de compromiso, dejase de ver serenamente tan claro talento que su recurso fundamental, aquella carta malaventurada, que es toda la obra, no podía ser medio seguro de comunicación entre el arte del poeta y el convencimiento del público.

Si el autor no disiente los recursos que imagina—el fundamental de la obra sobre todo;—si no se razona a sí mismo con fuerza de lógica el *porqué* de la exposición y el *cómo* del nudo antes que el *dónde* del desenlace, podrán brillar en éste arranques de inspiración que seduzcan y fascinen un momento al público: pero la reacción será fatal y rápida, porque el espectador seguirá sintiendo lo duro, tortuoso y falso del camino que hasta el deslumbrador final ha llevado la acción dramática.

He dicho que todo el drama es una carta, a la que he llamado malaventurada. Y, efectivamente, la carta resulta un *petardo*, que en los silenciosos *zigzags* de su camino se va llenando de fulminantes mentiras, para ir a estallar en el final con mucho ruido, como lo que es, como un petardo.

Contando la historia de esa carta, se hace sin remedio la crítica del último drama de nuestro primer dramaturgo. Y esta es la historia. Nace la carta en el prólogo de la obra, en un momento de despecho y de ira de Carmen—la protagonista,—que llama en ella, con arranques de pasión, a Federico, el amante a quien sacrificó por salvar la honra de su padre, casándose con el rico banquero D. Lorenzo, a quien en vano ha suplicado que la lleve con él en su viaje a América, precisamente para no quedar sola y abandonada a las deshonrosas sugerencias de aquel único amor de su vida.

Apenas escrita la carta, protesta la heredada honradez de la esposa, desiste ésta de enviarla a su antiguo amante, y, en vez de hacerla añicos, se la entrega a su marido para que vea en ella la suprema razón de su súplica, como si esa razón no pudiera expresarla de otro modo menos violento y más persuasivo.

Pero como sin carta no hay drama, convencido por ella el opulento banquero, decide que Carmen le acompañe en su largo viaje. Mas tampoco destruye el fatal documento; se lo guarda muy tranquila y cuidadosamente en la cartera, como si se tratase de un talón contra el Banco, y así tiene *la previsión* de que lo que fué un aviso para salvar la honra, le acompañe con la esposa como un título de ignominia.

La carta pasa el charco, sin que resulte *papel mojado* al fin del viaje. Y muere el banquero don Lorenzo; pero lo escrito por Carmen en el prólogo

queda vivito y coleando entre los papeles de más interés é importancia del marido difunto, el cual para algo tenía un sobrino de toda su confianza: para que abusase de ella sobre lo sagrado del sepulcro.

El sobrino, Pepe Montoya, el arreglador y ordenador de documentos de la testamentaria del banquero, tropieza con la consabida carta, y tampoco la destruye ni se la entrega siquiera á la interesada vinda con lo que por herencia la corresponde. La toma y se la guarda muy serenamente en su cartera, por no hacer menos que su difunto tío en el prólogo del drama.

Y ya tenemos el documento entre el sobrino.... usurpador—iba á decir *ratón*—y el otro sobrino, Camilo, antiguo y grande y ciego apasionado de Carmen, su tía política, casada ya en segundas nupcias con su adorado Federico, único ignorante, hasta la última escena, de la existencia de la carta para él escrita.

Trina y patea Camilo al oír á su primo Pepe que el feliz esposo vivo había ya alcanzado favores de Carmen cuando aún regia el esposo muerto, y se propone vengar aquella preferencia, para él ofensiva y humillante. Pero necesita una prueba de lo que dice Pepe, y éste *no se hace rogar*; echa mano á su cartera y la endiablada carta pasa al poder de Camilo, dispuesto á ser un Yago infernador del nuevo lazo conyugal de su encantadora y adorada tía política.

Y, efectivamente, desde su primera traidora insinuación con su amigo Federico, no descansa un momento el fiero infernador, que hasta entonces había sido un mansísimo cordero, enamorado dulce y platónicamente de la honrada Carmen, é incapaz de arrebatos románticos á la manera de los *Don Juanes* conocidos fuera y dentro del teatro.

Y en sus trabajos de demonio—que al fin cae por inocente—llega al momento terrible en que Federico, exasperado, le pide una prueba de la traición de su esposa, y el demonio desenvaina la carta viajera bien atenzada por la cabeza para que, al arrebatársela el impaciente marido, se lo lleve todo menos el nombre del favorecido destinatario.

¿Soltará el demonio, el Yago de guardarropía, el pedazo de carta con que se queda? Sí, lo suelta, como dejó indicado, *de inocente*, cayendo en el lazo que le tiende Federico con la mentira de que, movido por los celos, ha dado muerte á su esposa. Entonces es cuando, creyendo llegar al colmo de la venganza, da en la cara de Federico con su propio nombre escrito en la cabeza estrujada de la carta sin ventura. Ya era tiempo de que la carta, rota y todo, descansase de su fatigoso viaje por ambos mundos. Y gracias á que, con asistencia de Carmen al duelo, Federico mata á aquel pobre diablo, que es al fin la sangre *reglamentaria* de la catástrofe, con la cual resulta *el castigo de la calumnia* más que *La calumnia por castigo*.

Hé ahí la historia de la carta: es decir, ese es el drama, que para una cosa buena ha servido. Para probarnos Diaz de Mendoza á los más desconfiados que, aun sin grandes facultades, un actor estudioso y enamorado de su arte puede hacer cosas de buen artista.

Ahora sólo falta que, con esta nueva lección, se decida Echegaray á volver á ser *la que fué*, sin temor á decadencias que no existen, pero también sin preocupaciones de servicios dramáticos á plazo que le precipitan y le hacen olvidarse de sí mismo, de la satisfacción propia en sus creaciones y hasta de su historia, gloriosa para él, gloriosa para el arte dramático en nuestro siglo.

Nunca podrá decir Vital Aza que yo me he quedado corto en aplaudirle cuando él ha merecido que los aplausos se le prodigasen. Más bien seré hoy sobrio en la censura al tratar de su última obrilla cómica estrenada en Lara con el título de *Venta de Baños*.

Empiezo por asombrarme de que quien, como él, sabe lo que es un sainete y, para demostrarlo, ha escrito el precioso de *La rebótica*, con todas las de la ley del género, llame sainete á su *Venta de Baños*, que puede calificarse de juguete ó pasillo cómico, de *revista de viajeros* ó cualquier otra cosa nueva que quiera inventarse, pero no de lo viejo, clásico y puramente español que representa el nombre de sainete.

¿Cuáles son los tipos cómicos salientes con que nos ha obsequiado Vital Aza en su última obra? El ya impresentable *viejo verde* y aquel otro del desaparecido *famélico*, repetido mil veces en la escena por la musa pobre desde que se perdió, con la memoria de nuestros antiguos *graciosos*, la sombra de aquel zarandeado *Hambriento en Nochebuena*.

Con tantas entradas y salidas de personajes de distintas condiciones, no parece allí tampoco una

verdadera situación cómica, pues no creo que tenga por tales autor tan ingenioso aquellas del tan socorrido *quid pro quo* y juego de vocablo, propios de ingenios faltos de recursos. Al autor de *La rebótica* no se le puede admitir aquella pobreza de gracias de equívoco entre el de la compañía de cómicos y el de la Compañía Arrendataria.

En el diálogo mismo no chispea aquella fácil, natural y viva *vis cómica* que tanto se echaba de ver y se hacía celebrar en el ocurrente coautor de *Zaragüeta*.

Antes se habían estrenado en Eslava unos *Charlatanes*, insufribles por lo que pesan sobre la paciencia del público, que la tuvo grande para oír aquellas interminables escenas sin ilación lógica y con poquísima gracia. Y no será porque los autores no se han tomado la libertad y el trabajo de abrir en el fondo de un armario una galería que da salida al campo, para que por ella salgan á tomar el aire todas las atroces inverosimilitudes que pueden caber en cabeza de libretista de lo cómico-lírico al uso. Y sigue Chapí sin leer, ó sin saber leer, libros de zarzuela, cuando se ha atrevido á salpicar de notas el pentagrama para un desconcierto de incongruencias como *Los charlatanes*.

Verdad es que el insigne maestro *se repite* ahora mucho para prodigarse demasiado, y ya, en materia de obras de poetas, está á la que cae y á la que salta, como en competencia con el infatigable Quinito Valverde.

El cual Valverde (hijo), en honor de la verdad sea dicho, ha escrito una música muy retonzo y alegre y propia del libro de la revista de Perrin y Palacios, estrenada con buen éxito en el teatro Romea, con el título de *Madrid de noche*.

El terreno en que se desarrolla el movimiento de la revista está tan bien elegido como los tipos que en ella figuran, de mucho relieve cómico. Aunque el público especial de Romea es muy dado á *lo gordo*, nada perdería la obrilla con que no llegasen á ciertos oídos algunos chistes muy subidos de color y de tono, pues con los de buena ley tiene bastante. Con eso, y con que algunas escenas del libro y algún número de la música se acertasen, se alargaría en cambio el número de representaciones, que, de todos modos, no han de ser pocas para el *Madrid de noche* que busca su centro en Romea.

Pero, para la temible y penosa *cuesta de Enero*, ni en teatros chicos ni grandes ha aparecido obra de bastante fuerza. Y es que no deben de tenerlas las empresas, porque, de otro modo, ya hubieran puesto en acción el vulgarísimo refrán de *Para cuevas arriba*....

Siendo Antonio Vico el actor de más arraigadas preocupaciones que he tratado en mi vida, me ha sorprendido grandemente la noticia de que está decidido á resucitar *La culebra en el pecho*, olvidado drama de Javier Ramírez, que yo no he vuelto á ver desde que le estrené en el antiguo teatro de Variedades el infortunado gran artista Fernando Ossorio, muerto precisamente de la misma terrible enfermedad que de manera tan real y admirable representaba en el protagonista de aquella obra.

¿*La culebra en el pecho*?.... ¿Cuántas veces dirá Vico para su sayo *lagarto, lagarto*? Pero así como, en su forzoso viaje á América, perdió el miedo *al agua*, es posible que, con su estudio del citado drama, pierda el horror *á la bicha*. Y, de todos modos, yo recomendaría al lector aficionado la representación que el insigne artista ofreciese de *La culebra en el pecho*, pues seguro estoy de que, sobre todo en el último acto, haría verdaderas maravillas de arte, de esas de que él sólo tiene hoy el secreto en la escena española.

EDUARDO BUSTILLO.

LA ESTATUA DE LA COMEDIA.

¡Amigo Mariano, que tiene el dón de estar en todas partes y todo lo sabe y todo lo cuenta, pasaba en un tranvía, la otra tarde, por la calle de Alcalá. No le había yo visto; pero él, al atisbarme, me llamó á gritos, hizome seña de que le esperara, saltó de la plataforma al suelo, y sorteando los coches y salvando los charcos, vino brincando á ponerme las manos sobre los hombros, y apoyándose con fuerza, me dijo:

—Muchacho: el que ha llegado de París es Paco.

—¿Paco?

—Paco Lara, hombre, ¿qué Paco ha de ser?

¡Muchacho, vaya un estudio que le ha puesto su familia al flamante escultor! El mismo se asombró al verle y le encontró *superbe*. Ya se ve, como son millonarios y Paco es hijo único y ellos le adoran.... Viene hecho un hombre: con el pelo un poco más largo de lo que Dios manda, con su miajita de *pose*....; pero *la mar de simpático*! Y ha estudiado de firme, porque creo que á estas fechas sabe ya más de escultura que el mismísimo....

Antes de hallar su memoria un nombre de escultor bastante célebre á quien comparar á nuestro amigo, encontraron sus ojos un tranvía que acertó á pasar entonces, y exclamando: «¡Caracoles! ¡El de Argüelles!» fué, sin más despedida, saltando como vino: se abalanzó al coche, y con un pie en el estribo y otro en el aire, aun volvió la cabeza para decirme á grito pelado: «¿Que vayas, eh?»

Me reí de la forma en que me dió la noticia; pero se la agradecí de veras, y como tenía grandes deseos de ver á Paco Lara después de seis años de ausencia, me encaminé á su casa á darle la bienvenida.

Uníase al afecto que de antiguo le profesaba, una gran curiosidad de ver al artista *ya formado*: porque conocía su firme y exclusiva vocación por el arte escultórico: sabía los medios que la fortuna de sus padres le permitió acumular para su educación artística, y anhelaba ver el fruto que el bueno de Lara había sacado de seis años de estudio y de trabajo con los más notables maestros y en los más célebres museos de Europa.

Le hallé en el estudio tan ponderado por Mariano y que era realmente una maravilla, con sus correspondientes telas y tapices antiguos, sus armas primorosas, sus muebles raros, sus plantas exóticas, sus ídolos chinos y cuanto es de rigor en un taller á la moderna: mezcla de estudio, museo, biblioteca y bazar; todo ello almacenado con gusto y desordenado con arte.

No había mueble ni silla sin un libro abierto ó una cartera de grabados.

—Siéntate si puedes—me dijo Paco,—porque esto está imposible. Me has cogido con las manos en la masa.

—Creí que descansarías unos días antes de empezar á trabajar.

—Eso creía yo también—repuso;—pero ya conoces el genio de papá. En la estación del Norte, en la misma estación, me dijo: «Te advierto que en esta semana tienes que presentar el boceto de una estatua, porque he dado mi palabra al Ministro.»

—¿Al Ministro?

—Sí. Al de Fomento. Por las influencias de papá.... me encuentro con que el Gobierno ha tenido la debilidad de encargarme un trabajo....

—Hombre, no: el Gobierno hace perfectamente en eso, y, aparte de lo que pueda molestarte lo perentorio del plazo, es de celebrar se te presente tan propicia ocasión para lucirte.

—No lo creas. Claro es que yo traigo mis ilusiones y mis esperanzas. ¿A qué tener contigo falsa modestia? Pero tenía yo mis ideas y mis proyectos, y un tema forzado me contraría.

—¿Y cuál es?

—Figúrate, ¡la Comedia!

—¿Y eso te apura?

—Me apura porque, como comprenderás, en esta clase de asuntos es difícilísima la originalidad.

—¡Oh! con una educación artística como la tuya y con tu talento....

—Llevo dos días loco! Mira—decía enseñándome libros, fotografías y grabados.—Aquí tienes todas las Talias de este mundo. Aquí tienes la del Museo Vaticano, encontrada en Tivoli. Esta es la de *Floughels*, esta otra la de *Clint*. Verás la de *Bolzins*; mira la de *Lesueur*.... ¿Ves? ¡Es desesperante! Siempre la hiedra en el pelo, el cayado pastoril, la máscara cómica. Fíjate en esta acuarela....

—¿Tuya?

—Sí, tomada de la de Paul Badry en el *foyer* de la Opera de París. Esta siquiera tiene un rostro y un tipo francamente modernos: porque yo, chico, siento lo clásico, me he *formado* en la estética de Carlos Blanc, pero creo con Verón que el arte moderno tiene que ser *naturalista*, y quiero *hacer moderno*, natural, sincero....

—Pues hazlo—le contesté, no tanto por animarlo como por cortar aquel chaparrón de estética que se me venía encima.

—Eso pienso; la estatua será moderna. Ya he simbolizado en el pedestal el origen clásico de la comedia, y su evolución progresiva, y mira—me dijo, llevándome á un ángulo del estudio,—el pedestal ya lo tengo.

Y, en efecto, allí estaba un pedestal muy elegante de forma y muy rico de ornamentación, quizás demasiado rico, en mi humilde concepto: pero Paco me explicó minuciosamente el *fin artístico*



EN CASA DEL MAESTRO.

CUADRO DE SAMARÁN.



«PRO DOMO SUA.»
CUADRO DE JOAQUIN SOROLLA.

Sorolla. 1881.

en las Congregaciones ó en otros puestos de Roma, como el Camarlingo, el Vicario de Su Santidad, Ledochowski, Mazzella, Aloisi, Rampolla, Vannutelli, Di Pietro, Satelli, Gotti, Jacobini, Aghardi, Ferrata, Cretoni, Mertel, Macchi, Steinberg, Segna, Pierroti y Prisco. Existen en el Sacro Colegio treinta y dos italianos y veintiséis nacidos en otras naciones. De los cardenales no italianos, Ledochowski es polaco; el Patriarca de Lisboa y Dos Santos, portugués; el Arzobispo de Quebec, canadiense; Gibbons, arzobispo de Baltimore de los Estados Unidos; el Arzobispo de Malinas, belga; el metropolitano de Westminster, inglés; Moran y Loque, irlandeses; el Arzobispo de Colonia, el Príncipe-Obispo de Breslau y el religioso Steinberg, germanos; Langenieux, arzobispo de Reims, Richard, arzobispo de París, Perraud, prelado de Autun, y Lecot, arzobispo de Burdeos, franceses. Este número, que no corresponde al máximo de nueve miembros, ni aun al mínimo de siete, que la nación Cristianísima ha tenido siempre en la primera Asamblea de la Iglesia, se aumentará en el Consistorio de Abril con la elevación a la púrpura del Arzobispo de Lyon, Primado de las Galias. Pertenecen a la Iglesia española los cardenales Arzobispo de Toledo; Sancha, de Valencia; Cascajares y Azara, de Valladolid, y Casañas y Pages, el primer obispo y príncipe de Urgel que ha obtenido la púrpura. No tardará en unirseles el Arzobispo de Santiago de Compostela. Austria-Hungría tiene como miembros en el Sacro Colegio al Arzobispo-Príncipe de Praga; Vaszari, primado de Hungría; el Arzobispo de Strigener; el prelado de Gran Varadino; el Arzobispo de Leopoli y los Arzobispos de Viena y de Salzburgo.

Sólo viven ya cuatro cardenales de los creados por Pío IX, siendo los otros 54 preconizados por León XIII, bajo cuyo pontificado han descendido al sepulcro 118 príncipes de la Iglesia. Los títulos de la jerarquía eclesiástica comprenden 13 Patriarcas de diversos ritos, 171 Arzobispos de rito latino y 688 Obispos del mismo, con residencia en sus sedes, al lado de 350 Prelados titulares. Existen además 58 Arzobispos y Obispos de rito oriental, 87 Prelados con carácter episcopal y otros prelados llamados *nullius*. Durante el actual pontificado de León XIII ha creado 206 nuevas sedes y vicariatos, demostrando los progresos del catolicismo en el mundo.

Ann interesará más saber los datos que tomamos de las fuentes de Propaganda sobre la cifra de católicos en el universo. Siendo la población de Europa de 370 millones en número redondo, 158.710.710 son católicos. Desgraciadamente no existe la misma proporción en Asia, cuna del cristianismo, que contando 797.800.000 sólo tiene 7.320.000 católicos. El África, sobre 208 millones nos da 1.800.000 católicos. América, merced á la América un día española, que en esta como en otras esferas lucha con los Estados Unidos, de 106 millones de moradores cuenta 51 millones de católicos en progresivo aumento, sin excluir la América del Norte. En Oceanía, de una población de 5 millones, se aproxima á un millón la Iglesia católica. Así, de 1.500 millones de habitantes del globo, 223 millones son católicos.

Completan estos datos la cifra de los católicos en las diversas naciones de Europa. Como más compactas figuran: Francia, de cuyos 38.218.903 habitantes, son católicos 35.387.070; Italia, de cuyos 30.947.300 moradores, 30 millones 800.000 son católicos; España, que en su población peninsular de 17.545.160 tiene 17 millones de católicos, sin contar los que profesan la fe de la madre patria en América, Asia y África. Portugal, entre sus 4.708.178 habitantes tiene 4.700.000 católicos. Vienen después el Imperio austro-húngaro con sus 40.985.808 habitantes, y que tiene 31 millones de católicos. La Bélgica, entre sus 6 millones presenta 5.940.000 católicos. Su hermana la Zelandia, millón y medio de católicos, la tercera parte de su población. En Alemania, cuyo Imperio señala cerca de 47 millones, en constante aumento, los católicos figuran por 16.982.999. En la Gran Bretaña, entre una población de 38.584.000 habitantes, hay 556.000 católicos. El Imperio de Rusia, con sus 93.763.331 súbditos del Czar, nos presenta 8.200.000 católicos. La Confederación Suiza, donde el progreso de la Iglesia católica se revela constante, da entre 2.934.057, 1.190.000 católicos.

Al lado de estas cifras lisonjeras hay que señalar otras que no lo son ciertamente. Así, en el Imperio turco, con 23 millones, sólo tenemos 289.000 católicos; en Grecia, sobre 187.208, los católicos no pasan de 31.410. En Bulgaria tan sólo 20.000, entre 3.154.375 búlgaros griegos. Todavía aparecen en menor número en Servia, 4.000, sobre más de dos millones. En Rumania figuran por 114.200, entre 5.375.000. Otros 4.000 existen en el Principado del Montenegro, cuya población es de 235.000. En Suecia y Noruega existen 2.100, entre una población de seis millones y medio. En Dinamarca no exceden de 4.143, entre sus dos millones. Sin embargo, en todas partes, y merced á la sabia política del Pontífice actual, el catolicismo está en evidente progreso.

Por esto importa estudiar el estado de las Iglesias orientales, á las que consagra una atención preferente la Sacra Congregación, dedicada á facilitar la unión de las Iglesias de Oriente y Occidente, asamblea reforzada en estos días con la entrada en ella de los Cardenales Cretoni y Satelli. El catolicismo posee en Oriente siete Iglesias, reconociendo la autoridad suprema del Pontífice los caldeos, malabares, asirios, maronitas, melkitas, armenios y coptos.

El número de fieles pertenecientes á los diversos ritos orientales, unidos á la Iglesia católica, sobrepasa los siete millones; y aun cuando las otras Iglesias orientales separadas ascienden á 80 millones, bien puede sostenerse que, á excepción de los ortodoxos moscovitas sumisos al pontificado del Czar, constituyen un conjunto nada homogéneo, pues que todos los católicos reconocen la autoridad suprema del Vicario de Jesucristo, mientras que el llamado Patriarca ecuménico ha visto, desde el cisma de Focio, desprenderse de su autoridad á los armenios gregorianos, los coptos, los jacobitas, los rusos, los griegos, los serbios, los rumanos

nos y los búlgaros, que todos han constituido Iglesias separadas del tronco principal, y que, confundiendo con la nación de quien reciben el nombre, están realmente bajo la dependencia, no de sus patriarcas y exarcas, sino de los Soberanos. Lo cual quita á las Iglesias separadas de Roma esa universalidad que es el emblema del catolicismo.

Aparte de estos ritos de Oriente, en la Iglesia latina existen otros especiales, como el mozárabe de nuestra catedral de Toledo, y el solemnisimo ambrosiano de la iglesia de Milán. Hemos asistido en la primera quincena de Enero á la celebración de todos estos ritos solemnisimos durante la octava de la Epifanía, ante el nacimiento representando el Santo Pesebre adorado por los Santos Reyes Magos, y que regaló al hermoso templo de San Andrés del Valle el príncipe Torlonia, á mediados de nuestro siglo. Es difícil dar una idea de lo que son estas funciones, en las que se suceden los Patriarcas ó Vicarios de los diversos cultos, con sus ceremonias y vestiduras orientales, con sus cánticos que entonan los alumnos de los colegios Maronita, Armenio, Griego y de Propaganda Fide, mientras oradores sagrados predicán desde el púlpito en todas las lenguas de Europa y de Asia. Sobre todo, la misa en rito caldeo oficiada por el Procurador general, revistió solemnidad sublime, evocando la memoria del primer pueblo en reconocer á Jesús como verdadero Dios, ofreciéndole por medio de los Reyes Magos los místicos dones del oro, incienso y la mirra; y celebrando los oficios litúrgicos en la lengua aramea hablada por el Salvador, por María y San José, y practicada todavía en las Iglesias caldeas de Egipto, Chipre, Tarso, Tartaria, Arabia, Persia y la India, como en Caldea, Mesopotamia y la Siria.

CONDE DE CUELLO.

UNA APUESTA.

I.



PEDRO FERNÁNDEZ permanecía inmóvil, sentado en una silla, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, mirando á su mujer con la pertinaz insistencia de un idiota.

Por razones de economía le acababan de despedir de la oficina en que había trabajado durante quince años: el sueldo con que hasta allí remuneraron su trabajo era tan corto, que nunca pudo hacer ahorros, y como siempre se gastaban las postrimeras pesetas el último día de mes, al quedarse cesante la miseria le salió al paso amenazadora, imminente, sorprendiéndole de improviso cuando el desdichado tenía que atender á las necesidades de su mujer inválida y de cuatro hijos pequeños.

—¿Y tu jefe?—preguntó ella;—¿no te ha dado ninguna esperanza?

—Ninguna: se limitó á decir que los gastos de la casa eran muy grandes y que no podía soportarlos: que más adelante, cuando la situación cambiase.... procuraría, haciendo un esfuerzo.... ¡nada, en fin!....

La palitica se estremeció involuntariamente en su sillón: aquella era la cesantía indefinida, la ruina de todos, el hambre que llamaba con sus nudillos de esqueleto á las puertas de su pobre hogar.

—Y entonces, ¿qué piensas hacer?—dijo.

—No lo sé.

—¿No se te ocurre nada?

—Nada: si tuviera un pensamiento abrigaría una esperanza; pero ni esperanzas tengo. ¡Son tan escasos los destinos!.... ¡Hay tanta gente para todo, que conozco hombre que trabaja de sol á sol por un pedazo de pan!....

Quedáronse ambos silenciosos: ella pensando en la impotencia física que paralizaba sus piernas, convirtiéndola en un mueble incómodo que era preciso cuidar y vestir; él, discurriendo en la impotencia moral á que la sociedad le condenaba. Sus cuatro hijos, el mayor de seis años, jugaban á las muñecas en un ángulo de la habitación; ninguno tenía hambre y estaban tranquilos, seguros de que á la hora acostumbrada la cena sería servida, porque aun ignoraban la dolorosa ley que obliga á la humanidad á trabajar para comer. Aquella cándida ignorancia acabó de oprimir el corazón del pobre padre.

—Me voy—dijo, levantándose.

—¿Dónde?

—Tampoco lo sé, por ahí.... en busca de un rayo de luz, de una mano que me guíe.

Y salió hosco, huraño, como quien no tiene esperanzas de vencer; los chicos no se movieron, ni siquiera se enteraron de que su padre se iba: ella se puso á rezar.

II.

La encantadora Sevilla dormía aquellas horas de siesta abrasada por los insoportables rayos de un sol africano. Las calles estaban solas, las puertas herméticamente cerradas para conservar la fres-

cura de los patios, las persianas de los balcones corridas: era que todo el vecindario huía de los resplandores del sol, refugiándose en las últimas habitaciones de las casas, para dormir sobre frescos catres de lienzo aquellas horas de asfixiante calor.

Pedro Fernández, embebido en sus meditaciones, preocupado por el drama íntimo que iba á desarrollarse en su casa en los días sucesivos, y en cuyas primeras escenas ya intervenía con el triste papel de protagonista, caminaba rápidamente, ajeno á la fatiga y al calor, por entre aquella atmósfera abrasadora que le abofeteaba el rostro con oleadas de fuego.

Entró en una tienda de vinos á preguntar por un individuo que trapicheaba con todo y que siempre traía cuatro ó cinco negocios á vueltas.

—Se fué ayer á Sanlúcar á comprar unos caballos—le dijeron,—y probablemente no volverá hasta fin de semana.

Después, dominado por aquella idea fija de no regresar á su casa sin llevar alguna esperanza positiva de trabajo, hizo tres visitas más, pero sin ningún resultado. En un sitio le dijeron que el hombre por quien preguntaba había salido: en otro, que el señor estaba durmiendo la siesta y que no podía recibirle; y en el tercero.... una disculpa tonta, increíble, que equivalía á una negativa. Hubiérase dicho que su desgracia era pública, según el empeño que todos ponían en no dejarse ver.

Aquellas decepciones tan seguidas volvieron á Pedro Fernández á la realidad, y entonces sintió de pronto el calor y la fatiga de su larga é infructuosa caminata; y tuvo sed, y ganas de maldecir y de echarse sobre las abrasadoras piedras de la calle á esperar la muerte. Luego, obedeciendo á un súbito capricho, experimentó deseos de subir, de alejarse de la tierra, para respirar mejor y estar más cerca de aquel cielo tan azul, tan alegre, tan espléndido, y tan sordo á sus angustias de hombre y de padre.

Estaba delante de la Giralda y entró.

Cuando llegó á lo alto de la torre, se recostó fatigado sobre la amplia barandilla de piedra, y sus miradas se dilataron por el vacío: á sus pies estaba la catedral, con su soberbia mole de piedra ennegrecida por los siglos; alrededor, y ciñéndola como una faja blanca, Sevilla, con sus moriscas callejuelas retorcidas como sarmientos, sus casitas muy blancas de un solo piso, y sus azoteas enjardadas de flores: á un lado el Guadalquivir, brillando á la luz del sol como un río de plata, y más allá las feraces campiñas andaluzas, los cerros sembrados de olivares, dibujándose indecisos en los confines del lejano horizonte y sobre aquel cielo de añil.

Apoyado sobre el antepecho del balcón, con la cara entre las manos y la mirada errante, Pedro Fernández, sin ser filósofo, se puso á meditar.... en su suerte, en el triste destino de los pobres, en toda aquella miseria que se arrastraba *allá abajo*; miseria que no tiene frío, porque en los países cálidos el sol remedia la falta de abrigo, pero no por eso menos digna de lástima y de redención. Y aun cuando eran las cuatro de la tarde y el sol brillaba con toda su fuerza, él veía el mundo á través de sus pensamientos y lo encontraba siniestro: un mundo trágico, lleno de dolores, que corría á su ruina.

III.

Y sumido en estas melancólicas reflexiones estaba, cuando oyó á su espalda unas voces destempladas que le hicieron volver la cabeza.

Eran de gentes que subían á la torre: primero apareció un semblante francés; dos ojos saltones muy expresivos, en una cara muy tersa, de mofletes prominentes y sonrosados, adornada por un bigote castaño, cuyas guías se mantenían rígidas como puntas de leznas; después vió otra fisonomía que parecía el reverso de la primera: larga, seca, pálida, surcada de profundas arrugas y metida entre dos patillas rojas cuidadosamente peinadas: una cara de inglés, con todas las brumas de Londres en la mirada; y luego aparecieron otras dos figuras, extranjeras también: una mujer y un hombre, altos, huesudos, rubios, con grandes ojos azules y dentaduras muy blancas: era un matrimonio yankee. Él era inmensamente rico, y trajo á su mujer á Europa porque ella, que era doctora en ciencias físico-naturales, quería publicar en París una Memoria acerca de las propiedades de los tejidos vivos, en que rebatía algunas afirmaciones de Claudio Bernard, relativas á tan interesante cuestión. Habían desembarcado en Cádiz: allí se encontraron con un pintor francés y un banquero de Londres que se había retirado harto ya de ganar dinero, y que viajaban por distraerse, y se unieron



MANILA (ISLAS FILIPINAS).—UNA CALLE DE CALOCÁN.

(De fotografía de F. Laureano.)

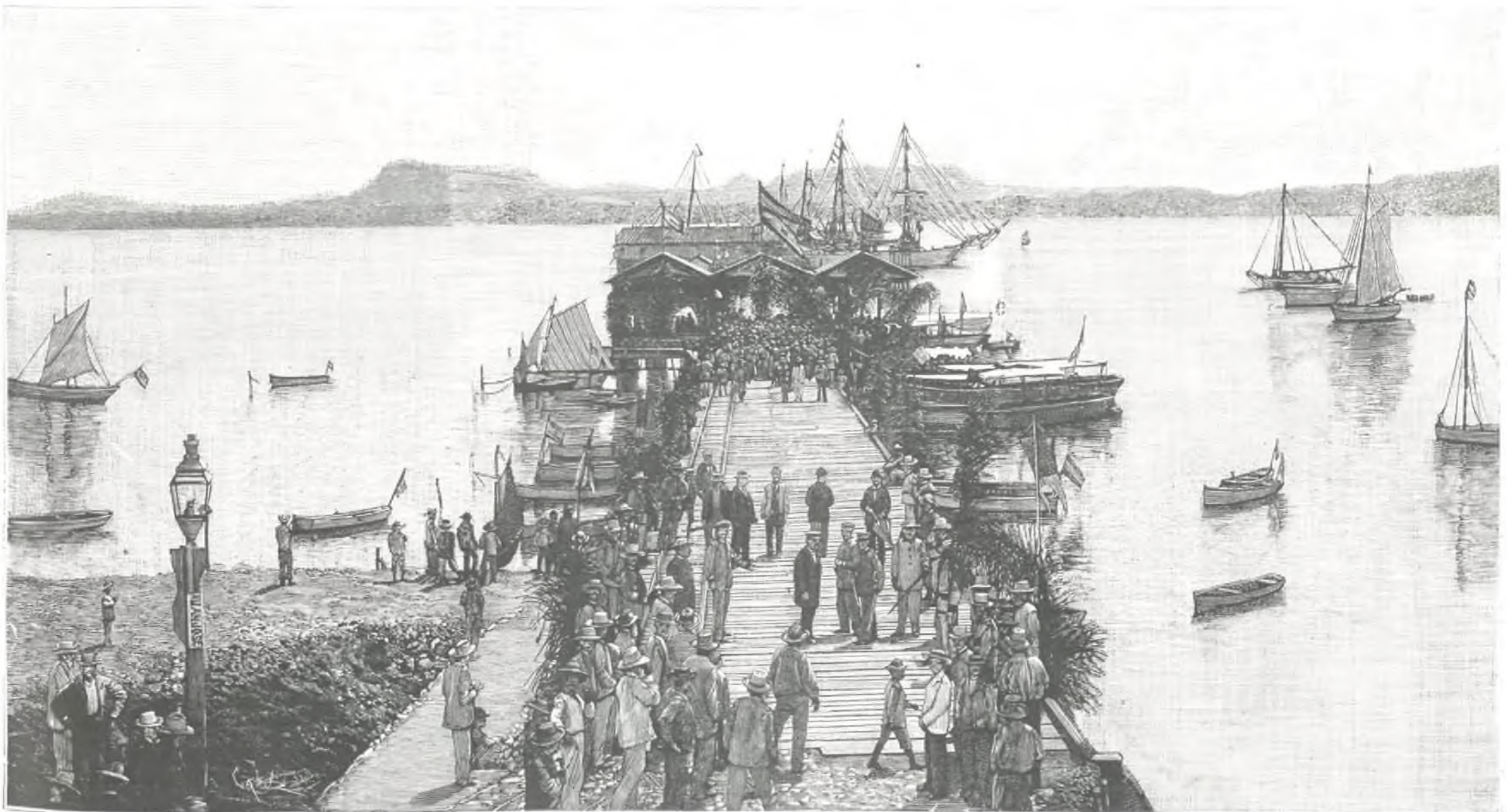


BOMBAY (INDIA INGLESA).—LA PESTE BUBÓNICA.—CREMACIÓN DE LAS VÍCTIMAS.



TIPOS FILIPINOS. — UNA MESTIZA.

(De fotografía de F. Laureano.)



GIBARA (SANTIAGO DE CUBA). — DESEMBARCO DEL BATALLÓN DE VOLUNTARIOS ASTURIANOS.

(De fotografía remitida por D. Modesto López, de Gibara.)

á ellos para continuar juntos su excursión por España.

Pedro Fernández no se movió; la brusca aparición de aquellos extranjeros le había interrumpido en medio de su soliloquio, y les miraba con asombro, no pudiendo explicarse bien que de tan lejanas tierras viniesen gentes sin otro objeto que el de tirar el dinero.

El francés y el yankee hablaban, el inglés asentía con ligeros movimientos de cabeza, y ella tomaba algunas notas en su carterita.

Pedro Fernández tuvo que responder á varias preguntas, y por un momento se vió convertido en *cicerone*.

—¿Cómo se llama aquello?—preguntó el inglés en un español detestable.

—La Torre del Oro.

—¿Y aquello?

—La Cartuja.

—¿Y esto otro?

—El Alcázar.

—¡Ah, *yes, yes!*..... ¡Todo hermosísimo, todo soberbio!.....

En seguida les llamó la atención la altura prodigiosa de la Giralda, y Pedro oyó nombrar un sin fin de torres de París, Roma, Londres, Berlín, New York y Nueva Orleans: ninguna, según ellos mismos decían, podía competir con aquella.

—¡Oh, qué gran torre para tirarse!—dijo el inglés.

—*Yes*—exclamó ella:—si estuviera en Londres, ya hubiesen puesto un enrejado por encima.

—¡Es hermoso arrojar desde una altura así!—insistió el inglés con su imperturbable flema británica.

Pedro Fernández les oía y meditaba; de pronto dijo:

—Y es una torre á la que se sube con mucha facilidad.

—Ciertamente—repuso el yankee;—*mi* atreverse á bajarla en dos minutos.

—¡En dos minutos!—exclamó Fernández interesándose de pronto en aquella fruslería.

—¡Oh, *yes!*..... correr como una liebre.

—Pues yo le digo—insistió Pedro—que llevo á la calle antes que usted.

—No es *fasil*.

—Y le doy tres rampas de ventaja.

—¡Qué disparate!—exclamó el yankee, picado en su amor propio;—ni que fuese usted un pájaro.

—Y le apuesto lo que quiera.

—¡Bah!..... y *mi* aceptaría si la cosa mereciese la pena.

—Diga usted, ¿cuánto quiere atravesar en la apuesta?—dijo con aplomo Pedro Fernández, que se había quedado muy pálido.

—Cinco mil libras esterlinas.

—¿Veinticinco mil duros?

—Eso es.

—¿Y los señores querrán figurar como testigos?

—¡Ya lo creo, señor, con mucho placer!—exclamó el inglés, sintiéndose dichoso por asistir á una apuesta tan original.

—Pues bien, tómese usted las tres rampas que le doy de ventaja: ya sabe usted que el primero que llegue á la calle es el que gana.

Y mientras el yankee bajaba, Pedro sacó un lápiz del bolsillo y escribió algunos renglones en una tarjeta. Después, cuando se dió la señal de partir, se acercó al inglés, estupefacto al ver su calma, y dijo entregándole la tarjeta:

—Tome usted.

En seguida, sin un gesto de vacilación, saltó por encima de la barandilla y se arrojó en el vacío.

Así ganaba la apuesta, porque, aunque estrellado, llegaba antes á la calle que su contrincante: él moría, pero su familia quedaba salvada.

IV.

Entienda el orgulloso pueblo yankee la moraleja encerrada en esta narración.

El, tan potente, tan civilizado, tan rico, tan modernista, no podrá ponerse nunca frente á esta vieja España, tan decaída en apariencia, tan pobre, tan retrógrada, pero tan valiente y tan noble.

Los españoles viviremos en perpetua cesantía; no tendremos armas, ni dinero, ni crédito..... pero cuando se trata de salvar el decoro nacional, lo damos todo: fortuna, porvenir, tranquilidad, existencia: y, lo que es más extraordinario aún, lo damos sin interés. Ellos trabajan con un fin, y procuran llegar á él sin lastimarse mucho, como el yankee del cuento, que luchaba con ventaja; pero el pueblo español es como el heroico Pedro Fernández, y por salvar su decoro se arroja en cuerpo y alma al abismo: él se estrella, pero la patria vive.

EDUARDO ZAMACOIS.

A JOSÉ J. HERRERO

CON MOTIVO DE SU LIBRO «MAR ADENTRO».

Fulgurantes relámpagos alumbran
La patética historia en que trazaras
Con el pincel valiente de Ribera
La juvenil homérica figura
Del marinero Juan, niño sublime
Que brotó, como llama esplendorosa,
De tu encendido gestador cerebro
Para gloria maguífica del Arte
Y delicia de honrados corazones.

Á la cárdena luz que á Nelson (1) baña,
En tus versos de bronce—en que la rima
Obedece á tu numen, cual las olas
Al huracán—escucho, estremecido,
El canto de los recios aqñilones
Entre las jarcias y tendidas velas;
El crujir de los mástiles; los gritos
Del náufrago infeliz, y los clamores
Del proceloso mar, inmensa lira
Que al orbe da su trágico poema.

Luego, el pincel del torvo Españolito
Mojas en la paleta de Tiziano,
Y nos pintas la pálida hermosura
De labios rojos, como flor de sangre;
De frente de marfil; de busto regio
Y pupilas eléctricas y oscuras
Como la tempestad. Mujer tan bella
Es hija de la ondina misteriosa
Que tiene por aleazar de cristales
El caudaloso Rhin, la que escanciará
En la copa, tallada en mil facetas,
Del triste Heine, el vino de los dioses.

Si; la beldad de los fragantes labios
Más rojos que la púrpura de Tiro,
Y de los negros fascinantes ojos,
Donde lucen los *trémulos fulgores*
Con que brilla la luna en las espadas,
Nació de los amores venturosos
De la rubia y gentil musa del Norte
Con el ardiente sol del Mediodía.
Hija feliz de la azulada niebla
Y de la luz espléndida, tu musa
Canta, y en su canción resuena un beso
Ahogado por un lúgubre gemido;
Y de las fuertes cuerdas de su lira,
Que ciñen á la vez rayos y sombras,
Ruedan á un tiempo lágrimas y estrellas!

Vate insigne, tu musa hoy se levanta
Gallardísima, firme y triunfadora,
Cual palmera en la cumbre. Si los cantos
De esa deidad la envidia profanase,
Recuerda, noble amigo, las palabras
Del tierno Aben-Hamet: «Nadie atormenta
Á los árboles secos y desnudos;
Sólo son por las piedras combatidos
Los que muestran su frente coronada
Con gayas flores ó con frutos de oro.»

MANUEL REINA.

EL HOMBRE DE LOS MEDIOS.

En un pueblo, al Mediodía
De la península ibérica,
Nació en medio del arroyo
Y á mediados del cincuenta.
Por Casimiro Mediero
Le conocen sus colegas.
Cursó el Derecho y dejólo
A mitad de la carrera.
Después á medias con uno
Paso fábrica de medias;
Y cuando ya tuvo medios
De ir viviendo con decencia,
Fué y se volvió medio loco
Por Remedios Medialdea,
Que aunque era una señorita
De medio pelo, era buena,
Y él halló, en medio de todo,
Su media naranja en ella.
Los casó el padre Mediano;
Las arras fueron monedas
Tan antiguas, que databan
Sin duda de la Edad Media;
A medio vestir fué el novio
Con su mitad á la iglesia,
Y ella fué de medio paso
En medio de mil protestas.
Media-luna fué su luna
De miel, y no fué completa,
Porque mediante los gastos
De un pleito que tuvo en Huelva,
A media ración quedóse,
Todo por sí era ó no era
Suya la medianería
De una casa. Aunque es poeta
De la clase de mediocres,
Hoy vive haciendo co-medias
Ó echando á las de otros vates
Tacones y medias suelas.
Va por medio de las vias;

(1) Primera composición de *Mar adentro*.

Y como en medio se encuentra
De las broncas, ¡claro! es siempre
Mediador en las contiendas.
Medianamente se viste,
Se mete en cualquier taberna,
Se bebe medio cuartillo,
Se zampa media libreta,
Y á eso de la media noche
Se retira á su vivienda
(Mediodía Grande, cuatro,
Puerta de en medio) y se acuesta
En el medio catre que
Su cara mitad le deja.
¡Es el hombre de los medios!
Pues bien; sin mostrar vergüenza,
Hará como medio año
Que á media voz fué el muy bestia
Y me pidió medio duro
Con desfachatez entera.
Echóme media mirada,
Pues tiene un ojo de pega.
Le di un duro; dió las gracias,
Y después dió media vuelta,
Y no ha habido medio humano
De encontrarlo hasta la fecha.
Me topé ayer con Mediero
En medio de una plazuela;
Le paró; medio se asusta;
Le reclamo aquella deuda,
Y él, aunque quiere pagarme
(¡Si tendré yo mala estrella!)
Me dice que busca un medio.....
¡El único que no encuentra!

Lector, perdona el romance,
Pues de fijo que, en conciencia,
No lo juzgas media lata,
Sino dos latas y media.

JUAN PÉREZ ZÚSIGA.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

El P. Federico Faura: los trabajos meteorológicos en Filipinas; el Observatorio Municipal; el Observatorio oficial en manos del Padre Faura.—El servicio astronómico.—El servicio magnético; aparatos de observación.—Excursiones á Mindanao y á otras islas: el P. M. Juan.—Excursiones á China y al Japón.—Trabajos del Observatorio publicados por el P. Cirera.—Importancia de estos estudios.

ESPaña acaba de perder en Filipinas á uno de los grandes civilizadores de aquel archipiélago, al Rdo. P. Federico Faura, de la Compañía de Jesús, director del Observatorio meteorológico de Manila. Era un sabio que ha representado á nuestra patria en diversos Congresos científicos extranjeros; un trabajador incansable que ha realizado tanta cantidad de labor como el obrero material ó intelectual que más esfuerzo desplieguen en el taller ó en el despacho; un maestro que contaba con una verdadera legión de discípulos, hombres distinguidos hoy; un hombre de bien, modesto y dignísimo en el ejercicio de su respetable ministerio, y, en fin, un gran español, que difundió á manos llenas la cultura entre los hijos de aquella apartada tierra, tan necesitados de luz y de civilización, y tan ingratos para los que les sacaron de las tinieblas y les elevaron al nivel de los doctores de nuestras Universidades.

La ciencia española se honrará siempre con el nombre del P. Faura, y la historia de nuestras colonias le considerará como á uno de los que más brillaron en la noble y difícil tarea de civilizarlas.

Al dejar consignado en estas crónicas el recuerdo de hombre tan ilustre, exige la justicia que figure asimismo con él quien, como el P. Martín Juan, trabajó á su lado, secundando sus órdenes con preclara inteligencia, y murió en plena campaña científica víctima de su animoso celo por el estudio de la Naturaleza. El Ateneo Municipal de Manila fundó el Observatorio de aquella capital en 1865, cuya creación sirvió para empezar á determinar con toda la exactitud posible el clima de la población y de sus alrededores, para establecer otros observatorios en diversos puntos de las islas, y para ir, poco á poco, estudiando el régimen de los huracanes ó baguios, que devastan tan frecuentemente las riquezas de la tierra y del mar. Por dicha para estos estudios y para sus inmediatas aplicaciones, se encargó de la dirección del Observatorio el P. Faura, quien desde 1873 en Manila, como el P. Viñes en la Habana, después de innumerables observaciones pudo anunciar la formación y avance de tales tempestades, con anticipación bastante para evitar muchos desastres. La meteorología bajo su cuidado constituyó una serie de trabajos dignos de todo crédito y respeto, y quedó creado de hecho su conocimiento, bien imperfecto hasta entonces, durante todo el tiempo en que no encontraban otros datos los que deseaban conocerla que los que dejaron consignados el doctor Jugor en su obra *Reisen in den Philippinen* (1865), y las del doctor C. Semper en la suya, *Die Philippinen un ihre Beuhmer*, que dió á conocer el malogrado y sabio ingeniero D. Sebastián Vidal. Al estudio de los fenómenos meteorológicos comunes añadió el P. Faura los de los sísmicos, publicando interesantes Memorias, que fueron justamente apreciadas en los primeros centros científicos de Europa; y después estableció la observación de los fenómenos magnéticos, en los que el Observatorio de Manila se ha distinguido tanto.

En uno de los barrios de la capital, y disponiendo de un terreno á propósito que mide 54.000 metros cuadrados, se alzaron para el 1886 los edificios necesarios, instalándose con la independencia conveniente los del servicio astronó-

mico, los del meteorológico y los del magnético, además de la Escuela Normal. El que era Observatorio Municipal pasó a ser Oficial en 1884, con la dotación necesaria, aunque siempre muy modesta. En la sección astronómica se empezó por instalar bajo la cúpula giratoria de una torre un anteojo ecuatorial, un objetivo de gran diámetro, de Merz, de Munich, y más adelante un notable anteojo meridiano, de Londres; un aparato de latitudes, invención del P. Hagen, de Washington, y la gran ecuatorial de Saegmüller, construida también en dicha capital.

Con mayor entusiasmo y decisión con que el P. Faura trabajó en la instalación de estos aparatos, se dedicó a montar los del servicio magnético en los años 1887 y 88, construyendo para este fin un pabellón especial para los aparatos absolutos, y otro aparte, cuyo elegante trazado y dirección llevó a cabo el entendido jefe del cuerpo de Ingenieros militares D. Ruperto Ibañez. Durante la ausencia del padre Faura, que asistió a la Exposición Universal de París en 1889, continuaron el difícil trabajo de instalar los aparatos de variaciones, y de emprender las dos series de observaciones con los mismos, los PP. Saderra, Mata, subdirector del Observatorio, y Ricardo Cirera, director de la sección Magnética. Desde 1.º de Enero de 1890, una vez ya en Manila el P. Faura, se dió principio a la publicación horaria de las observaciones y de las perturbaciones, y se amplió la revista mensual que publica el Observatorio.

Los aparatos absolutos magistrales ó normales del Observatorio de Manila, idénticos a los del Observatorio de Kew, son: el magnetómetro unilar de Elliot; el inclinómetro Dover, con un juego de cuatro agujas de este constructor, cuatro de Casella y dos de X. Los aparatos absolutos para excursiones magnéticas, son: el teodolito brújula Brunner, con termómetro de honda de Baudin, y contador metálico de Redier; y el inclinómetro ó brújula de inclinación Brunner, con imanes de Carpentier de París, y con los cuales, como es sabido, se determinan la declinación ó inclinación magnéticas, y la componente horizontal de la fuerza magnética. Los aparatos para las variaciones magnéticas son: unos de lectura directa, como el declinómetro, el bitilar y la balanza magnética con sus escalas graduadas y anteojos, fijos todos a mesas ó soportes de mármol en la sala del Oeste del Observatorio; y los fotográficos ó magnetómetro registrador (sala del Este), instalado en Manila mucho antes que en la mayor parte de los centros de observación de las capitales más adelantadas. Cuánta ciencia y paciencia, y cuánto trabajo y cuidado hubieron de desplegar los PP. Faura, Saderra y Cirera para montar estas delicadas instalaciones y para vencer las dificultades que se presentan antes de que puedan quedar corregidas la mayor parte de las causas de error, no son para contadas, y sólo pueden formarse idea de ellas aquellos que por la especialidad de sus estudios y profesiones tienen a su cargo el abrumador y poco lucido y apenas recompensado trabajo de observar cierta clase de fenómenos naturales.

En el periodo anterior a la instalación definitiva del Observatorio magnético, durante todo el año de 1887 ó mediados de 1888, llevó a cabo sus trabajos científicos en el Archipiélago el malogrado P. Martín Juan. Destinado por sus especiales conocimientos y por su decidida afición a estos estudios a utilizarlos bajo la dirección del P. Faura, se preparó convenientemente a cumplir las órdenes de sus superiores visitando antes los centros de observación de Inglaterra, Francia y España. El sabio P. Perry, que dirigía el de Stonyhurst, le tuvo a su lado largo tiempo, y después trabajó en París en el parque de San Mauro con su director Mr. Th. Moureaux, empleando los aparatos que había adquirido en los talleres Brunner, para usarlos en Filipinas, y logrando obtener resultados idénticos en la determinación de la componente horizontal a los que obtuvieron los físicos de dicho Observatorio (1886). Antes de partir para Manila continuó sus observaciones magnéticas en España, determinando en Tortosa la declinación (15° 22' O.), la inclinación (59° 5' N.) y la componente horizontal 0.22816 unidades C. G. S.; así como las de Madrid, en el Observatorio astronómico-meteorológico, al lado de su respetable director el Sr. Merino, y que fueron respectivamente: (16° 52' O.; 59° 23' 4" N. y 0.22676). Una vez en Manila, impaciente por llevar a cabo sus trabajos, consiguió que le encomendara la Misión de determinar los elementos magnéticos de las islas del Sur, y la de hacer investigaciones sobre el origen de las *collas* ó períodos, casi regulares, de copiosos aguaceros, que duran quince ó veinte días, en unos casos, ó de temporales de viento, *collas secas*, que duran doce ó quince en otros, y que suelen ser precursores de los *baguios*. En 4 de Abril de 1887 salió de Manila en compañía del profesor del Ateneo Municipal P. Juan Doyle y del auxiliar del Observatorio D. Basilio Lindo, quienes recorrieron ó hicieron sus observaciones en las costas de la Paragua, Joló, Mindanao y Samal, determinando desde el 7 de Abril al 3 de Julio la declinación, inclinación y componente horizontal en Puerto Princesa, Zamboanga, Joló, Tamontaca, Davao, Santa Cruz, San José, Mati, Caraga, Bislig, Tandag, Cantilan y Surigao. No sólo se ocupó el P. Juan con sus compañeros de estas investigaciones físicas, sino del de los moluscos de aquellas playas, y de la parte etnográfica, obteniendo curiosas fotografías y apuntes de los tipos y razas de los indígenas de Mindanao. El entusiasmo por las ciencias les animó a realizar la peligrosa ascensión al volcán Apo, situado frente al espacioso seno de Davao, en la costa SO. de la gran isla y a 3.000 metros sobre el nivel del mar. En aquella difícil jornada, y tal vez por la abrasadora acción de los rayos del sol, sin temor a cuyos efectos trabajaba al aire libre el P. Juan, contrajo la fiebre pernicioso que le privó de la vida, en Surigao el 8 de Julio, cuando sólo contaba treinta y ocho años de edad y cuando había dado ya tantas pruebas de gran valía con sus múltiples y relevantes trabajos. De la importancia de éstos en Filipinas ha dado cuenta el P. R. Cirera, denominando al P. Juan «intermediario y primer fundador de la Sección magnética del Archipiélago»; y los curiosísimos é instructivos detalles de

su excursión los ha descrito el P. Juan Doyle en las «Cartas de los PP. de la Compañía» de aquella Misión.

En 1885 había recorrido el P. Faura toda la parte SE. de la isla de Luzón, en compañía del primer observador don Toribio Jovellanos, para instalar multitud de estaciones meteorológicas; y en 1890 comisionó a éste a fin de que continuara ese trabajo en el N. de la misma y en otras comarcas, y determinase la declinación, inclinación y componentes de las diversas localidades en que se detuviera. Así lo hizo, en dos expediciones, desde el 17 de Junio á 4 de Octubre, montando la estación de Tabaco y practicando las observaciones en Daet, Nueva Cáceres, Atimonán, Tayabas, San Isidro, Bayombong, Tuguegarao, Aparri, Laoag, Vigan, Sual y Cabo Bolinao, en cuya larga excursión corrió grandes riesgos y dió grandes muestras de ánimo, de decisión y de competencia el muy entendido físico, compañero y casi discípulo que fué del P. Juan en esta clase de especiales prácticas científicas.

Los excesivos trabajos del insigne P. Faura en aquel clima abrumador empezaron a minar su salud en 1891, por lo que tuvo que regresar a España, dejando encargado de la dirección del Observatorio de Manila al P. Saderra Mata, quien, siguiendo el impulso dado a los estudios magnéticos en aquel importantísimo centro, realizó una notable excursión a la costa Oriental de la China y del Japón, en compañía del calculista primero D. Juan de la Cruz, desde el 11 de Diciembre de dicho año hasta el 15 de Marzo de 1892, determinando las cifras magnéticas correspondientes a Hong-Kong, Macao, Zi-ka-wei, Tokio, Yokohama, Nagoya, Kyoto, Kobe, Moji, Nagasaki, Foochow, Emuy y Swatow. Como resultado inmediato de esta expedición se consiguió, además de realizar estas determinaciones, ampliar la carta de las líneas isógonas ó isoclinas hasta los puntos indicados, y establecer el servicio diario recíproco de partes meteorológicas, por los cables, con Nagasaki, Shangai, Emuy y Haiphong, que desde entonces comunican con Manila, como Hong-kong y Tokio lo hacían ya. Para completar el trazado de las cartas magnéticas del Archipiélago filipino logró el P. Saderra que realizara otra excursión a las islas Bisayas y Norte de Mindanao el P. Cirera, que duró desde el 15 de Mayo de 1892 al 2 de Julio del mismo, y en la que se hicieron las determinaciones correspondientes a la isla de Roblón, a la de Cebú, a la de Samar, a la de Leite, a la de Mindanao (Surigao, Mambajao, Tagoloan Dapitán), Damaguete y a la de Panay (Holo).

De esta manera quedó casi ultimado el estudio magnético de aquellas regiones, y coronada la meritoria obra que emprendiera el P. Faura, gracias a la cooperación de los muy entendidos físicos a quienes dió ejemplo, enseñanza y apoyo en el Observatorio. Volvió de nuevo a Manila el insigne jesuita, el eminente profesor de Ciencias, y procurando olvidar y hallar el alivio posible a sus dolencias con las tareas del estudio, se dedicó a él de nuevo y dejó en marcha progresiva y bien atendida la práctica de las observaciones meteorológicas, sísmicas y magnéticas, con la satisfacción de haber creado de hecho un centro que hoy es considerado, con justicia, como uno de los primeros del mundo, y cuya suma de trabajos constan en las interesantes é instructivas Memorias y cartas que ha publicado. Seguramente, mucha mayor amargura y más honda pesadumbre que la que su malestar físico le causara, debió producirle el hecho tristísimo de la espantosa insurrección que conmovió aquel pueblo al rebelarse contra la madre patria, poniendo de manifiesto la ingratitude de aquellos de sus principales hijos que más favores y distinciones habían recibido de España. Celosísimo y amante profesor, dedicado durante largo tiempo a la enseñanza, vió pasar por su cátedra a muchos jóvenes que en ella se elevaron al conocimiento de las más esplendorosas conquistas científicas de la civilización, y con el cual podían y debían haber contribuido, al llegar a ser hombres, a difundir los beneficios del saber y a redimir de la ignorancia a muchos de sus compatriotas; pero desgraciadamente, eclipsadas tan buenas enseñanzas por las quiméricas doctrinas que engendran las pasiones, la ceguera y el mal ejemplo de la sociedad positivista, ambiciosa é incrédula, que basa su remedio y salvación en el odio a España, perturbaron la razón de muchos de ellos y les lanzaron a intentar la loca empresa del separatismo.

El P. Faura contempló, entre otros, al desdichado Rizal, envuelto y anonadado por el torbellino revolucionario, y cuando accedió a la prisión a consolarle y le habló con el cariño del antiguo maestro y amigo, pudo ver cómo debajo de la áspera y dura cubierta que había petrificado, envuelto y disfrazado aquella inteligencia, se conservaba y latía aún el espíritu que el educara, el sentimiento del hombre creyente y arrepentido. Tristes han debido ser los últimos días del sabio, animoso é infatigable físico al mirar la desolación en que está envuelto aquel país tan querido para él, al que dedicó todos sus ensueños, sus estudios y sus trabajos, y por cuya civilización y progreso hizo tanto.

Investigación verdaderamente nueva esta de las observaciones magnéticas completas en sus relaciones con los demás fenómenos de la meteorología, se consideraba por muchos físicos, hace quince ó veinte años, como ajena a la ciencia del estudio y conocimiento del tiempo, según lo recordaba Marié Davy en su tratado *Les mouvements de l'atmosphère et les variations du temps*. Semejante relación era entonces muy incierta, y, por consiguiente, muy discutida, y era muy reducido asimismo el número de Observatorios en que practicaban con regularidad y marcada atención las observaciones de las agujas imanadas. Desde entonces a ahora, el progreso en esta serie de conocimientos ha sido grande. Hoy puede afirmarse que las perturbaciones magnéticas tienen íntimas relaciones «con las manifestaciones más importantes de la Naturaleza», como lo consigna el P. Ricardo Cirera, S. J., en su notabilísimo estudio *El magnetismo terrestre en las islas Filipinas*, y como se admite en todas las cátedras y en todas las obras científicas referentes a los estudios físicos. En la realización de esos progresos

ha cabido no pequeña parte, como se ve, al Observatorio de Manila y a los entusiastas obreros de la ciencia que allí han trabajado y trabajan, a los cuales se debe la determinación de todos los elementos magnéticos de cuarenta localidades de aquellas regiones; el trazado de las cartas (líneas isógonas, isoclinas, meridianos magnéticos, líneas isodinámicas y líneas de igual componente horizontal y vertical); el estudio de las variaciones seculares, anuales y diarias, y el de las perturbaciones magnéticas en sus relaciones con la actividad solar, con las auroras polares y corrientes telúricas, con los eclipses de sol y de luna, con los baguios y temblores, y, en una palabra, con la mayor parte de los fenómenos referentes a la meteorología endógena y exógena. Mientras se hable de estos progresos, ningún hombre científico olvidará la grata memoria, tan honrosa para España, del P. Federico Faura.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

La Sucursal de LA EQUITATIVA en España ha pagado a sus asegurados desde 1882, en que fué legalmente autorizada por Real orden de 10 de Octubre de dicho año, al 31 de Diciembre de 1896, la suma de pesetas **14.713.520,99**, en la forma siguiente:

| | PESETAS. |
|--|----------------------|
| Por defunción..... | 10.950.756,13 |
| Dotales y acumulaciones vencidas..... | 1.751.135,39 |
| Otros pagos: Dividendos, rentas vitalicias, etc..... | 2.011.629,47 |
| TOTAL..... | 14.713.520,99 |

Madrid, 1.º de Enero de 1897.—Por la Sucursal, el Gerente, *M. Rosillo*.

LOS QUE TENGAN
por fuerte y crónica que sea, tomen las
PASTILLAS DEL DOCTOR ANDREU.
Remedio prodigioso y rápido. 30 años de éxito.

La moda más saliente del día es el perfume **Violeta Preciosa**, reciente creación de la perfumería Ed. Pinaud, de París, cuya esencia es exquisita: el Agua de *toilette*, deliciosa; el Jabón dulcificante; el Extracto vegetal para la cabellera, y los Polvos de arroz invisibles y aterciopelados, han hecho la conquista de nuestros grandes salones.

El perfume que exhalan estos deliciosos productos es exactamente igual al de las flores y, por su persistencia y delicadeza, son los preferidos entre todos por nuestras lectoras.

SWEETIA ET VIOLETTE D'AVRIL
Nuevos y exquisitos perfumes para el pañuelo, de la **Société Hygienne**, de París, 55, rue Rivoli.

El VINO de **PEPTONA CATILLON**, el mejor reconstituyente de las fuerzas, restablece el apetito y las digestiones. Enfermedades del **ESTÓMAGO, LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.**

ROYAL HOUBIGANT nuevo perfume. Houbigant, perfumista, 19, Faubourg St Honoré, París.

AMBRE ROYAL Nuevo Perfume extra fino VIOLET, 23, Bd des Italiens, París.

POLVOS OPHELIA adherentes, invisibles, exquisito perfume. Houbigant, perfumista, París, 19, Faubourg St Honoré.

Perfumería exótica **SENET**, 35, rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

Perfumería **Ninon**, V. LECONTE ET C^{ie}, 31, rue du Quatre Septembre. (Véanse los anuncios.)

HELADORA para CHATEAUX Y CASAS DE CAMPO
J. SCHALLER, 332, rue St Honoré, París. (Véanse los anuncios.)



La mujer española tiene el cutis naturalmente bonito, aunque muy sensible al aire demasiado vivo y al sol demasiado ardiente. Para impedir el *bochorno*, *grietas*, *barros* y hasta las *manchas de pecas*, emplee para la *toilette* la **Crema Simón** a la glicerina, los **Polvos de Arroz** y el **Jabón Simón**. No confundirse con otras cremas.

LIBROS PRESENTADOS

A ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Memoria que la Junta Directiva de la Sociedad de Socorros mutuos de Artesanos de Gijón presenta a la General, sobre el estado de la misma al terminar el año de 1896.—Hemos recibido ejemplares de la anunciada Memoria, cuyo envío agradecemos de todas veras al presidente de la citada Sociedad, don Francisco del Castro.

Almanaque sagüero.—Hemos recibido ejemplares de dicho Almanaque, que contiene estimables trabajos literarios de los más notables escritores cubanos, por cuyo envío damos las gracias al editor del mismo, D. Gregorio Casañas.

Estudios políticos y sociales, por Adolfo Posada, Gumersindo Azcárate, Vicente Romero y Girón, Pedro Dorado, Emilio Castelar, Eduardo Sanz y Escartín, Ricardo Becerro de Bengoa, S. Moret y Prendergast, Rafael Salillas, José Canalejas y Méndez, Urbano González Serrano y Fernando de León y Castillo.

No existía aún en la bibliografía española libro alguno referente á cuestiones políticas y sociales comparable con el que hoy anunciamos. Los más ilustres escritores españoles han contribuido á esta obra, que ha de llamar poderosamente la atención de las personas aficionadas á estudios sociológicos y políticos.

El libro de que se trata, además de contener trabajos originalísimos, matizados con observaciones propias de sus eminentes autores, es un arsenal de datos y de noticias interesantes.

No es sólo una obra que se lee con deleite, es también magnífica compilación que se guarda con cuidado. Resulta un volumen de gran interés práctico.

De las condiciones materiales nada debemos decir. La impresión se ha hecho en los acreditados talleres «Sucesores de Rivadeneyra», y el papel empleado ha sido de clase superior. Forma un tomo de gran tamaño, que consta de más de 600 páginas en 4.º, y desde luego aseguramos, sin temor á ser desmentidos, que ninguna edición aventaja á ésta en lujo y esmero, así como tampoco en la modicidad del precio de cada ejemplar, que cuesta sólo seis pesetas.

Apuntes.—La conocida revista que lleva este título, al comenzar el segundo año de su publicación, ha introducido grandes y notabilísimas reformas, no sólo en el texto, que va firmado por los más notables literatos, así como los grabados, debidos á los más eminentes artistas, sino en las condiciones materiales de su publicación, pues ha aumentado el número de páginas y mejorado notablemente la calidad del papel.

El número 45, que es el últimamente publicado, es digno de toda clase de elogios, y en el cuerpo del número, protegido por una original y artística cubierta, publica trabajos literarios y artísticos de los Sres. Paso, Navarro Ledesma, La Torre, Lezcano, Menéndez Pidal, Cutanda, Alcalá Galiano, Hidalgo de Caviedes, Bertodano, Sorolla, Santa María, Martínez Abades, Unceta y otros. Dadas las condiciones verdade-



D. EDUARDO LÓPEZ JUARRANZ,

MAESTRO COMPOSITOR Y DIRECTOR DE LA BANDA DE MÚSICA DEL REAL CUERPO DE ALABARDEROS.

† en Madrid el día 16 del corriente.

(De fotografía de Compañy.)

ramente inmejorables en que se publica la citada revista y su reducido precio, no es aventurado suponer que obtendrá una excelente acogida del público.

Capullos poéticos, por D. José Dalmau Sabaté.—Excelentes condiciones para el cultivo de la poesía ha revelado en su primera obra el joven autor del libro que anunciamos. En las poesías que lo componen, si bien se notan algunas deficiencias de forma, pueden disculparse, pues quedan sobradamente compensadas con las muchas bellezas que contienen los delicados pensamientos y las brillantes imágenes con que su autor ha sabido adornar sus producciones.

El libro del Sr. Dalmau se halla de venta en las principales librerías al precio de una peseta.

Ronda volante, por D. Pedro Barado.—Nuestro distinguido amigo señor Barado acaba de publicar el tomo que anunciamos, compuesto de una amena é interesantísima serie de episodios, narraciones y estudios de la vida militar. Siendo sobradamente conocida la indiscutible autoridad que en asuntos militares disfruta el Sr. Barado, y la brillantez y amenidad que sabe dar en sus artículos á cuantos asuntos trata, creemos que el mayor elogio de la citada obra queda hecho al citar el nombre de su autor.

Forma el tomo 80 de la *Biblioteca selecta* que publica el conocido editor valenciano D. Pascual Aguilar, y se vende en todas las librerías al precio de dos reales.

A través l'Espagne inconnue, par Henry Lyonet.—Una nueva prueba de lo poco que los habitantes de la vecina República francesa conocen nuestras costumbres y de la equivocada idea que, por tanto, tienen de nuestra manera de ser y de pensar, es el libro recientemente publicado por Mr. Lyonet, en el que describe las mil reales ó supuestas peripecias por él sufridas durante un viaje por España, viaje que no creemos pecar de exagerados al calificar de fantástico.

Como ya es costumbre entre los escritores franceses, salvo algunas honrosas excepciones, Mr. Lyonet, á cambio de algunos elogios tributados á la feracidad y riqueza de nuestro suelo, dirige no pocas expresiones desagradables, no por estar bien dichas menos duras, á los españoles, que él supone en un estado bastante próximo al salvajismo.

Por sus errores é inexactitudes es digno de conocerse el libro de Mr. Lyonet, que se halla de venta en las principales librerías al precio de tres francos.

C.

COJA EL LIBRO Y LÉALO.

Permítame que le dé un ejemplo de una verdad importante.

Tenga la bondad de imaginarse que tiene delante de usted dos cajas de hierro del mismo tamaño y enteramente iguales en todos conceptos. Usted, de por sí, no sabe nada de sus contenidos; pero un amigo le asegura que una de ellas contiene oro y alhajas de mucho valor, mientras que la otra contiene exactamente el mismo peso, pero en cobre. Ahora imagínese que le ofrecen la alhaja entre todas que sea de más valor si acierta usted de una vez en qué caja se halla. ¡Qué ansiedad y agitación le causaría! Las probabilidades serían iguales, pero el resultado, siendo tan importante, le haría vacilar antes de dar el paso.

Para poner el mismo caso bajo otro aspecto, voy á referirle lo siguiente: Algunos años atrás un hombre poseía un pedazo de terreno muy pobre y rocalloso en el África del Sur. No pudiendo conseguir un vivir de él, lo vendió por una suma pequeña (aparentemente su valor), y el nuevo dueño, que se entendía algo de minerales, empezó á excavar, y por fin tropezó con una mina de diamantes, que le enriqueció en mayor escala de lo que él jamás había soñado. Esto le prueba que la buena suerte no viene siempre sin esperarla.

Un corresponsal nos escribe: «He recibido su estimada carta del 12 del actual, en la que me ruega le dé una relación de la cura de mi enfermedad crónica en los órganos digestivos. Voy á hacerlo con mucho gusto, dándole al mismo tiempo permiso para publicar mi carta si lo cree conveniente.»

«Por espacio de dos años estuve padeciendo de una enfermedad en el estómago, sin poder encontrar nada para curarme. Había perdido completamente el apetito; solamente tomaba el alimento estrictamente necesario, pero lo devolvía casi inmediatamente.»

«Algunas veces los dolores eran tan agudos que pasaba muchas noches sin dormir, lo que me causaba gran excitación nerviosa.»

«Consulté varios doctores; pero aunque tomé todas las medicinas que me ordenaron y seguí todas las instrucciones con mucho cuidado, el resultado no fué nada satisfactorio.»

«Durante mis muchas visitas á la farmacia de D. José Lucena, de esta plaza, noté que distribuía unos libritos entre sus parroquianos. Más de una

vez los tuve en mi mano y me fijaba en el forro, pero ahí paraba mi curiosidad.

«Un día que me hallaba muy cabizbajo á causa de mis sufrimientos, un caballero (un pariente) me aconsejó que leyera detenidamente uno de esos libritos á que me he referido. Así lo hice, y viendo en ellos ciertos certificados y relaciones de varias personas que se habían curado de la misma clase de enfermedad que la mía tomando una medicina llamada el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, me decidí á probar sus calidades.»

«Compré una botella del Sr. Lucena, y después de tomar ésta, otra más, después de la cual mi enfermedad desapareció. Hace dos meses que he parado de tomar esta medicina, y durante este tiempo no he sentido la más mínima indisposición. Quedo su humilde servidor. (Firmado). ELOY LUCENA. Calle Moralejo, 27, Aguilar, provincia de Córdoba, 17 de Noviembre de 1895.»

«Considere cuán extraños son los caprichos del destino. Cuando D. Eloy Lucena cogió el libro en la farmacia, tenía en su mano los informes que tanto anhelaba. Si entonces lo hubiera abierto y leído su contenido, hubiera encontrado alivio al momento. La salud estaba tan cerca de él como la riqueza estaba del primer dueño del terreno en África. Pero la curiosidad le faltó y se volvió tan abatido é infeliz como vino. El mismo nos dice cómo le convencieron á que leyera el libro y el buen resultado que tuvo.»

«No nos servirá esto de lección? Por esta razón siempre debemos estar alerta y listos para recibir conocimiento de cosa que sea útil. Especialmente de aquellas cosas que redunden en mayor beneficio nuestro. El libro de que habla D. Eloy Lucena se puede obtener simplemente con pedirlo, y está lleno de informes de valor incalculable, explicando las diferentes enfermedades y cómo el Jarabe Curativo de la Madre Seigel ha curado una infinidad de personas. Buscad el libro y leedlo, para bien vuestro y el de otros.»

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendurias de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

NEURALGIAS JAQUECAS, calambros en el estómago, histerismo, todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del Dr. CRONIER 3 francos.—París, Farmacia, 25, rue de la Monnaie.

En toda clase de vómitos y diarreas, y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo, emplead los

Salicilatos de VIVAS PÉREZ

adoptados de R. O. por el Ministerio de Marina y por el de Guerra.

Los recomiendan indiscutibles autoridades médicas.—Celebran con entusiasmo sus efectos cuantos los usaron.

Se imitan y falsifican sin resultado.

MALAS COSTUMBRES

APUNTES DE MI TIEMPO

POR

D. EUSEBIO BLASCO

Un tomo, 8.º mayor francés, 3 pesetas. Se halla de venta en la Administración de este periódico, calle de Alcalá, núm. 23, Madrid.

EL SOL DE INVIERNO

POR

DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

Impreso con tinta de la fábrica LORILLUX y C.ª, 16, rue Suger, París.